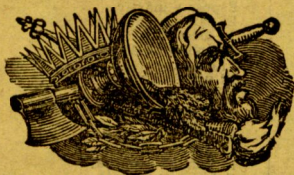


EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

~~~~~  
**¡SANTIAGO Y Á ELLOS!**

**DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO.**



**MADRID.**

**IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.**  
**1859.**



# CATALOGO

## de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesala.  
Apelardo y Eloisa.  
Ahogarse á la orilla.  
Alarcon.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
Al pié de la letra.  
Antiguos y modernos.  
Aqui está un moso é verdad.  
Amoragacion y nobeliza.  
Amores perdidos.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Bienes mal adquiridos  
Baltasar.  
Barómetro conyugal.

Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Culpa y castigo.  
Corte y cortijo.  
Caza mayor.  
Carnioli.  
Cuatro agravios y ninguno.  
Camino del matrimonio.  
Duque de Visco,

Dos sobrinos contra un tio.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diego Corrientes, segunda parte  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
D. Pedro I de Castilla.

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El Nino perdido.  
El Hipócrita.  
El Caba de aldea.  
El querer y el rascar....  
El hombre negor.

El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
Esperanza.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
Espinosa de una flor.  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El Licenciado Vidriera.  
¡En crisis!!!  
El Justicia de Aragon.  
El Caballero del milagro.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
Echarse en brazos de Dios.  
El alma del Rey Garcia  
El alca de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpu-  
jarras.

El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El hijo pródigo.  
El payaso.  
El amor y el interés.  
Este cuarto se alquila.  
El Patriarca del Turia.  
El rey del mundo.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo de Amberes  
El ciego.  
El ultimo vals de Weber.  
El traspaso.  
Escenas nocturnas.  
El laberinto.  
El gitano aventurero.  
El solteron.  
El vértigo de Rosa.  
Echar por el atajo.  
El reloj de San Plácido.  
El clavo de los maridos.  
El bello ideal.  
El hongo y el mirliñaque.  
El rey de bastos.  
El protegido de las nubes.  
¡Es una malva!  
En Ceuta y en Marruecos.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.  
¡Flor de un día!  
Flor marchita.  
Funesta casualidad.  
Grazalema.  
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
ahijado de todo el mundo.  
Glorias de Espana, ó conquista  
de Lorca.  
Glorias mundanas.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lagrimas.

Honrado y criminal á un tiempo

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.  
José Maria .

Los Amantes de Chincho  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles  
La linda vivandera.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis  
La posdata de una carta.  
Llueven hijos.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La choza del almadreño.  
Los patriotas.  
Los Amantes de Ternel.  
La verdad en el Espejo.  
La Banda de la Condesa.  
La Esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quededo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La Gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las Flores de Don Juan.  
Las Apariencias.  
Las Guerras civiles.  
Lecciones de Amor.  
Las dos Reinas.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
Las Prohibiciones.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La bondad sin la experiencia.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La vida de Juan Soldado  
Las querellas del Rey Sabio  
La oracion de la tarde.  
La llave de oro  
La Providencia.  
Los tres Banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La cruz en la sepultura.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
Los tres amores.  
La mujer del pueblo.  
Las carcajadas.  
Las bodas de Camacho.  
La Cruz del misterio.  
La pluma y la espada.

R-134669

ANT

XIX

1930

SANTIAGO Y Á ELLOS.



2011 7 09/17/2



# ¡SANTIAGO Y Á ELLOS!

IMPROVISACION COMICO-DRAMATICA.

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el 23 de  
Noviembre de 1859.

---

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

## PERSONAS.

---

## ACTORES.

---

|                     |                        |
|---------------------|------------------------|
| DOÑA LUZ DE ARNEDO. | DOÑA ADELA ALVAREZ.    |
| DOÑA LAMBRA.....    | DOÑA CÁRMEN FENOQUIO.  |
| BRIAN.....          | DOÑA ROSA TENORIO.     |
| MARIA.....          | DOÑA CONCEPC. SERRANO. |
| FERNAN TELLO.....   | D. JOSÉ VALERO.        |
| PERO FERNAN.....    | D. ANTONIO PIZARROSO.  |
| YAGO.....           | D. ANTONIO VICO.       |
| JIMEN NUÑEZ.....    | D. JUAN CASAÑER.       |
| PAYO.....           | D. ANTONIO CAPO.       |
| VASCO.....          | D. GREGORIO LAVALLE.   |
| MAHOMET BEN-EDÍ...  | D. RAMON BENEDÍ.       |
| BATO.....           | D. ELIAS MATE.         |
| BRITO.....          | D. JOSÉ MARIA JUSTO.   |
| OMAR.....           | D. JOSÉ LAPLANA.       |

Pajes, hombres de armas, villanos y villanas y moros fronteros.

---

## Reinado de D. Juan II.

---

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 21 de Noviembre de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



---

## ACTO PRIMERO.

---

Valle amenísimo de Andalucía. Al foro, á la derecha, grandes montañas practicables. Á la izquierda, segundo término, una iglesia recién construida; la torre y alguna parte del templo aun no estan terminadas, por lo que hay grandes montones de piedra á medio labrar, y la andamiada puesta en la parte de la torre. La puerta de la iglesia está adornada con flores y tapices. El piso cubierto de juncia y flores. Grandes árboles cierran la escena y cobijan parte de ella. Está amaneciendo.

### ESCENA PRIMERA.

YAGO, PAYO, ESCUDEROS, BATO, BRITO, VASCO, MARICA,  
ALDEANOS y ALDEANAS.

Yago aparece á la puerta de la iglesia. Payo durmiendo á la derecha sobre unas piedras. Los demas forman varios grupos y estan disputando á gritos.

YAGO. Silencio, rapaces.

BRITO. ¡Yago!

BATO. ¡Salud al buen balletero!

YAGO. Olvidais, hijos de moro,  
que el muy alto Fernan Tello,  
nuestro señor, está ahora  
confesándose en el templo?  
¡Calladvos!

VASCO. Si hablan de guerra.

YAGO. ¡Ah! es de guerra. Pues hablemos. (Bajando.)

BRITO. Dicen si la tregua espira,  
ó no espira, para el tiempo  
de la naranja.

YAGO. ¡Bellaco!  
¿Imaginaste que entiendo  
cosas de azada y arado?

VASCO. Yago habla siempre á lo bueno.  
La tregua espira en tal dia...  
como aquel en que corrieron  
los nuestros tras de los moros  
hasta el encinar del Ciego...  
ó cosas asi...

YAGO. ¡Pues! Claro.  
Cosas que entienda el mas necio.

BRITO. Pues dicen...

YAGO. Rapaz, ¿qué dicen?

BRITO. Que la tregua que tenemos  
fina de aqui á diez domingos.

YAGO. ¡Ojos que pudieran verlo!

BRITO. Mas Bato, que ayer estuvo  
en ese lugar frontero  
que tienen los moros, cuenta  
que todo en él es aprestos  
de guerra; y que á lo que infiere,  
se aperciben los mas de ellos  
á hacer una cabalgada.

BATO. Eso dije, y lo sostengo.

YAGO. ¡Por mi patron Santiago  
que me das contentamiento!

MAR. ¿Contentamiento, que entren  
nuestras tierras esos perros,  
y que nos quemen los panes,  
y nos roben los corderos,  
y nos maten á los hombres,  
y sin parejas quedemos?

YAGO. Cierra, Marica, esa boca.  
¿Qué entiendes, rapaza, de esto?

MAR. No, sino que una no sabe  
lo que es estar sin remedio.

YAGO. ¿Y quién ha de ser osado  
á tocaros á un cabello,



- sabiendo, que bien se sabe,  
que el rey tiene por frontero  
de esta tierra, al poderoso  
y muy alto Fernan Tello,  
y que este me tiene á mí,  
que hombre soy para doscientos,  
y yo tengo á esos que veis  
tan honrados escuderos?
- MAR. Como está con sus amores  
el señor fuera de seso,  
los moros, que bien lo saben,  
imaginarán cogerlo  
desapercibido.
- YAGO. ¿Cómo?  
Quien os refiere esos cuentos,  
judío ha de ser. Fernan  
duerme con un ojo abierto,  
que sabe lo que es tener  
frontera contra esos perros.  
Verdad que es lástima grande  
que el hombre restado y recio  
á quien no mató ballesta  
ni lanzada en campo abierto,  
venga á morir á las manos  
de una mujer; que yo cuento  
por difunto á aquel que carga  
con la cruz del casamiento.
- MAR. ¡Oiga el bellaco!
- OTRAS. ¡El malsin!
- VASCO. ¡Callen las ranas!
- YAGO. ¡Silencio!  
no se entere, y salga aquí...
- VASCO. ¿Habrá finado sus rezos?
- YAGO. Si que habrá, porque ya el día  
á buen paso vá viniendo;  
y ha de estar ya confesado  
cuando doña Luz de Arnedo  
venga á encontrarle á la iglesia.
- VASCO. ¡Gran hembra!
- MAR. Si, siempre á ellos  
las mejores les parecen  
las que han tierras y dineros

Por el ánima cristiana  
del preste Nuño Barrientos,  
que hay muchas, que aun sin briales  
de gran adobo y arreo,  
valen mas que ella.

YAGO. ¿Tú acaso?

MAR. Yo quizá.

YAGO. Con mas respeto  
hable la muy deslenguada  
de la que de aqui á un momento  
vá á ser su señora.

MAR. Callo.

YAGO. Si te subes á ese cerro,  
cuanto abarques con los ojos  
es de doña Luz de Arnedo.

VASCO. Ya sé bien que es gran señora.

BRITO. Y son suyos los diez pueblos  
que de ahí se ven.

BATO. Y las reses  
que en la vega estan paciendo.

YAGO. ¡Como que á soldada tiene  
veinticuatro ballesteros  
y quince hombres de armas!

Vasco. Ya.

Y como lindantes vieron  
ella y Fernan sus estados,  
uno trataron de hacerlos.

YAGO. ¡Vamos! Ya tardar no puede  
en asomar con su séquito,  
para tornarse al castillo  
mujer va de Fernan Tello.

MAR. Que venga cuando le plazca.

YAGO. ¿Terminásteis los aprestos?

BRITO. Juncia y flores y tomillo  
y hasta alhucema y romero  
por todas partes tendimos.

YAGO. Bien está, y os lo agradezco.

BATO. ¿Pues la iglesia no está hermosa?  
Lástima que el poco tiempo  
que hace que esto tomó á moros  
nuestro valiente frontero,  
para acabarla y pulirla



no haya dado espacio.

YAGO. Un templo  
consagrado á Santiago,  
que es el mejor caballero  
de la celeste milicia,  
de oro debiera estar hecho.  
Mas con departir tan largo  
viene el día. ¡Hola, escuderos!  
Pocos sois. (Á los que se presentan.)

VASCO.                      Como que han ido  
con Pero-Fernan el viejo,  
de doña Luz á la casa  
los mas de la nuestra.

YAGO. Es cierto.  
Id vosotros al camino  
á esperarla. (Á los Aldeanos.)

BRITO. Si.

BATO.                      En un vuelo.

YAGO. Y dadle vivas y...

MAR. Ya...  
va entendemos algo de esto.

BRITO. ¡Viva la nueva señora!

ALDS. } ¡Viva! (Vánse gritando.)  
ALDS.

ESCENA II.

PAYO, YAGO, VASCO, ESCUDEROS.

YAGO. ¡Gentiles gargueros!  
Mirad si esas armas brillan.  
Los de la casa de Tello,  
ya que el pan nos busca, honrarle  
en tal ocasion debemos.  
Pocos sois y vá á ser pobre  
por tanto el recibimiento.  
¿Dónde está Payo?

VASCO. ¿Qué Payo?

YAGO. Ese asturiano, que es deudo  
de Fernan.

VASCO.                   Él aquí vino.

YAGO. Una lanza le daremos

y hará bulto. Pero, dónde?...

VASCO. ¡Ah! Cátalo allí durmiendo.

YAGO. ¡Payo! (Llamándole.)

PAYO. Torreznos y vino. (Soñando.)

YAGO. ¡Payico!

PAYO. Vino y torreznos.

YAGO. Despierta, que haces gran falta.

PAYO. ¡Hum! (Yago lo zamarrea.)

YAGO. Que te llama el frontero.

PAYO. ¡Hum!

YAGO. Que traigo aqui una bota  
que resucita los muertos.

PAYO. (Incorporándose rápidamente.)  
¿Dónde está?

YAGO. ¿Ya despertaste?

VASCO. Este mozo es de los nuestros.

PAYO. ¿Dónde está el zumaque, Yago?

YAGO. Payo hermano, en el majuelo.

PAYO. (Haciéndose el bobo.)  
¡Á una infeliz criatura,  
á un niño inocente y tierno  
cuando se encuentra rendido  
venir á quitarle el sueño,  
engañándole! ¿Esto es justo? (Gimotea.)

YAGO. ¡Bellaconazo!

PAYO. ¿Esto es bueno?

YAGO. Miren el recién nacido,  
que es mas hombre que su abuelo.  
Vamos, ven acá.

PAYO. ¿Qué quieres?

YAGO. Toma esta lanza, mastuerzo.

PAYO. ¿Yo lanza? Si pesa mucho.  
¿Á un pobre niño este peso?

YAGO. ¡Toma!

PAYO. Si yo no he nacido  
para andar con instrumentos  
que pinchan.

YAGO. ¿Pues para qué  
viniste á en cas del frontero?

PAYO. ¡Toma! Porque él es mi primo.

YAGO. Primo hermano. (Con mofa.)

PAYO. En grado décimo.



Él se hizo rico y señor,  
y dijo: vengan mis deudos  
para honrarme. (Se rien.)

YAGO.

¿Y qué?  
Que vine.

PAYO.

Mi padre Nuño Sajuelo  
me llamó un día y me dijo:  
(Ahuecando la voz.)  
«Acercadvos, hijo nuestro.  
Letras tengo del pariente  
en que os llama, y diz que haceros  
trata, si vos os prestais,  
un honrado caballero.  
Id, hijo, y comedle un codo.»  
Yo por caballero entiendo  
al que come y no trabaja,  
y honrando en todo á mi deudo,  
bebo y cómo, y me parece  
que soy todo un caballero.  
(Contoneándose.)

YAGO.

Lo que intentaba tu padre,  
y lo que pretende Tello,  
es que en guerra contra moros  
llegues á ganarte un puesto.  
Payo, albricias; una nueva  
muy grata que darte tengo.

PAYO.

¡Venga!

YAGO.

La tregua se acaba.  
Pronto á los moros veremos.

PAYO.

(Pues vaya unas nuevas gratas  
que tiene el hombre.) Me alegro.

YAGO.

Me parece que no muestras  
gozo.

PAYO.

Como no estoy hecho  
á matar moros...

YAGO.

¡Ya! ya  
muy pronto te enseñaremos.  
Este oficio de matar  
es todo práctica.

PAYO.

Cierto.  
Y á mí de casta me viene,  
tengo un tío carnicero...

YAGO. ¡Eh! vamos, toma la lanza...

PAYO. (La coge y se la echa á cuestas.)  
Venga acá.

YAGO. Erguido ese cuerpo.

PAYO. ¿Así?

YAGO. Anda con gallardia.

PAYO. ¿Con gallardia? ¿No es esto?

TODOS. ¡Bien! (Riendo.)

YAGO. ¿Tienes ánimo?

PAYO. ¡Vaya!

YAGO. Y cuando diga el frontero:  
«¡Á ellos... hijos!» ¿Irás tú  
tan animoso y resuelto?

PAYO. Si vais delante...

YAGO. ¡Eso no!

Siendo tú de Fernan deudo,  
nadie en el primer combate  
osará quitarte el puesto.  
Tú delante.

PAYO. (¡Ay, san Pelayo!)

No, la cortesía aprecio.

YAGO. ¿Cómo? ¿Tendrás miedo?

PAYO. ¿Yo?

¡Miedo yo! ¿quién dijo miedo?

YAGO. ¿Temes á los moros?

PAYO. ¡Cá!

¿Temerlos yo? Ni por pienso.

¡Si me los matais vosotros  
ya vereis! ¡Á moro muerto  
gran lanzada!

VASCO. Y á los vivos.

PAYO. Tú si, que eres hombre hecho.  
Mas yo, un niño desgraciado...

YAGO. Ya verás en aprendiendo.  
No hay vida como esta vida.  
¡Lanzada, tajo!...

PAYO. Os la cedo.

YAGO. Y luego, al triunfar... las moras,  
que tienen cada ojo negro...

PAYO. (Brincando de entusiasmo.)

¡Eso sí!

YAGO. Y luego el botín...



PAYO. ¡cuando comienza el saqueo!...  
¡Eso tambien! ¡Ya vereis  
si soy hombre para eso!  
¡Id vos delante matando,  
que yo iré detrás cogiendo!  
¡En cuanto en una mezquita  
llegue el caso de que entremos,  
saco hasta el copon! ¡Vereis  
lo que es Payo si echa el resto!

YAGO. Si, si; lo que viendo estamos  
es, que eres falto de aliento,  
¡un gran cobarde!

### ESCENA III.

DICHOS y BRIAN.

Brian aparece en lo alto de los peñascos de la derecha, y dice  
con desenfado.

BRIAN. ¡Un gallina!

PAYO. (Ya está aqui el niño.)

BRIAN. (Que ha bajado y cuadrádosele.)  
¿No es esto?

PAYO. Si: si, señor; sí será.

YAGO. Adios, rapaz.

BRIAN. (Despues de mirarle de arriba á bajo.)  
Adios, viejo.

YAGO. ¿Desde cuándo acá te deja  
la tu señora andar suelto  
sin ir pegado á sus faldas?

BRIAN. Desde que vé que no temo  
las fanfarronadas necias  
del mas sandio ballestero.

PAYO. (Toma esa, y vuelve por otra.)

BRIAN. ¿Te ocurre algo mas?

YAGO. Mozuelo,  
brios gastas.

BRIAN. Si los gasto,  
gastaré de lo que tengo.  
Si algunos quieres prestados,  
avisa.

YAGO. (Sonriéndose.)

Gracias, mi dueño.

¿Y á qué ha sido la venida?

BRIAN.

Mi señora, con su séquito  
salió ya de su castillo,  
y aunque hay buenos ballesteros  
con ella, sin los que lleva  
ese Per-Fernan el viejo,  
que es padre de tu señor,  
reconocer el terreno  
he querido, cómo cumple  
á un hombre de mis alientos.  
Si algo en contra se te ocurre,  
habla, que el rostro no vuelvo.

YAGO.

Perdone el señor Brian.

BRIAN.

¿Tu amo y señor?...

YAGO.

En el templo.

BRIAN.

¿Jimén Nuñez ha venido?

YAGO.

Aun no, y pluguiera al cielo  
que no viniese.

PAYO.

¿Por qué?

YAGO.

Porque... nada; yo me entiendo.  
Porque no puede acabar,  
Payo, en bien un casamiento  
en que ese sea padrino.

BRIAN.

¡Eh! ¡Caduco!

YAGO.

Hace algun tiempo

Selim Adel se llamaba  
el que hoy Jimén Nuñez.

BRIAN.

¿Y eso?...

Se convirtió: es buen cristiano:  
todos en misa le vemos.

PAYO.

(Rápidamente.)

¿Y bebe vino?

YAGO.

No bebe.

PAYO.

Pues entonces, no hay remedio,  
es mas moro que Mahoma.

YAGO.

Cuando un hombre de mi peso  
dice una cosa, es por algo.

PAYO.

(Haciendo seña de comer.)

¿Y jamon?

YAGO.

No.



- PAYO.                    ¡Dicho y hecho!
- YAGO.       Jimen cristiano se hizo  
              no por fé, sino por miedo.
- TODOS.        ¿Cómo?
- BRIAN.        Si es cobarde, es moro.  
              En los que en Jesus creemos,  
              no cabe la cobardía.
- PAYO.        ¿Cómo? Cuidado con eso.  
              Yo... (Satiguándose.)
- YAGO.        ¿Quién habla aqui de tí?
- PAYO.        Me figuré... (Vaya un ceño.)
- YAGO.        Pues decia, que mirando  
              que este bravo señor nuestro  
              entraba por estas tierras  
              como un rayo á sangre y fuego;  
              temeroso de perder  
              todos los lugares puestos  
              por su rey bajo su mando,  
              cristianóse; y cátahe hecho  
              con ayuda de Fernan,  
              castellano y caballero.
- VASCO.        Es asi.
- YAGO.        Y digo yo ahora:  
              quien fué tantos años perro  
              ¿se olvidará de ladrar?  
              Este castillo, que Tello  
              tomó á los moros, y el rey  
              por pagarle dióle en feudo,  
              antes fué de Jimen Nuñez.  
              ¿Pensais que con ojos buenos  
              vé á nostramo el renegado  
              ocupar sus aposentos?  
              Digo que no.
- BRIAN.        Mas Fernan,  
              que es de leales espejo,  
              le tiene por muy su amigo.
- YAGO.        No quiere oirme y lo siento.  
              Quien vendió ayer á los suyos,  
              venderá un dia á los nuestros.  
              Mal padrino... malas bodas.
- PAYO.        Si, si; nada bueno espero  
              de hombre que no bebe vino

ni come jamon.

YAGO. Mancebo, (Á Brian.)

como estas cosas enseña  
este oficio de guerrero.

BRIAN. Pues ¡voto á Santiago!  
que á ser yo, como estais siendo,  
de la casa de Fernan,  
si viera que ese perverso  
le miraba de reojo,  
y él confiaba en su afecto...

PAYO. ¿Qué hicierais?

BRIAN. Sacarle el alma  
con la punta de este acero.  
(Poniendo mano á su daga.)

PAYO. (¡Jesus!)

YAGO. Pues á entrar vas pronto  
en su servicio.

BRIAN. Lo anhelo;  
que él me llevará á la guerra;  
por eso que case quiero  
con mi ama, que estoy mirando  
que de mi edad lo mas recio  
está pasando, y sin lides  
haciéndome voy ya viejo.  
Él me dará un buen caballo,  
un fuerte casco de hierro  
y una espada y me dirá:  
«¡Brian, hijo mio, á ellos!»  
Y si un escuadron de moros  
logro romper con mi esfuerzo,  
sobre el campo de batalla,  
cercado de mil trofeos,  
me dará el espaldarazo  
y me armará caballero.  
Y al tornar asi al castillo  
sobre mi alazan ligero,  
las plumas de mi penacho  
sueitas con orgullo al viento,  
en mi pié la espuela de oro  
que habré ganado venciendo,  
y saltando de alegría  
el corazón en el pecho...



cuando haga sonar la trompa  
con que anuncie á los arqueros  
y atalayas nuestra vuelta  
y nuestro triunfo completo,  
Elvira saldrá á una torre  
agitando su pañuelo!...

(Transición.)

Vamos, no quiero pensarlo,  
porque de gozo enloquezco.

PAYO.

(¡Vaya un gusto!)

YAGO.

(Conmovido y alargándole la mano.)

Brian, toca.

Grandes amigos seremos.

BRIAN.

¡Y como que sí! (Oye, Yago,  
que ahora, amigo, caigo en ello.  
Jimén Nuñez, ese... ¡moro!  
en el último torneo  
sacó el color de mi ama.

YAGO.

¿Cómo?

BRIAN.

Y aun segun me pienso,  
algo de amores la dijo.

YAGO.

¿Y ella?...

BRIAN.

¡Es doña Luz de Arnedo!

YAGO.

Perdona.

BRIAN.

Con tal pregunta  
muy gran ofensa la has hecho...  
y donde se halla su paje,  
no ha de ofenderla ni el viento.)

VASCO.

¿Quién vá?

JIMEN.

Plaza á Jimén Nuñez.

PAYO.

Cara tiene de...

YAGO.

¡Silencio!

#### ESCENA IV.

DICHOS, JIMEN NUÑEZ y acompañamiento.

JIMEN.

Salud á los hombres de armas  
de Fernán Tello, mi amigo.

YAGO.

Salud.

PAYO.

(Plata.)

BRIAN. (Cuadrándosele delante, ofendido porque no le saluda.)

Yo soy paje

de doña Luz.

PAYO. (Ya habló el niño.)

JIMEN. Salud, á los servidores  
fieles, leales y dignos,  
de la alta casa de Arnedo.

BRIAN. Salud, y pase.

JIMEN. ¿Ha venido  
doña Lambra?

YAGO. No.

PAYO. (¡Dios santo!)

JIMEN. (Han dado el golpe. Respiro.)

¿Y cómo, siendo madrina?...

BRIAN. Pues siendo vos el padrino,  
no acabais de llegar?...

YAGO. Paje...

JIMEN. Razon tiene el pajecillo.

PAYO. Mas perdonen la pregunta,  
(Despues de saludar grotescamente.)  
¿debe venir á este sitio  
doña Lambra?

YAGO. Si.

PAYO. ¿Si? Escapo.

YAGO. (Sujetándolo.)

¡Eh!

JIMEN. ¿Qué temes, Payo amigo?

PAYO. Yo les diré... Doña Lambra  
es un portento, un prodigio  
de nobleza y de virtudes,  
y hace tres ó cuatro siglos  
no habrá sido fea.

BRIAN. (Imponiéndole silencio.)

¿Eh!

JIMEN. (Sonriéndose.) Sigue.

PAYO. (Al paje.)

Si miras así, no sigo.

—Parece que esta señora,  
que tiene un estado rico  
allá en Aragon su patria,  
dineros prestó á mi primo ..

BRIAN. En grado décimo...



PAYO.

Si.

Dineros con que él, muy listo,  
juntó una fuerte mesnada,  
con la que llamando á gritos  
á Santiago, se entró  
como el santo susodicho  
por los moros, conquistando  
no sé cuántos señorios.  
En pago de esos dineros,  
tierras le ha dado mi primo,  
y vasallos, y una casa,  
que ella llama su castillo;  
y donde hay en cierta cueva  
vino, que del cielo vino!  
¡Ah! vos, no...

(Viendo que Jimen se aparta, le dice haciendo seña  
de beber: vos no...)

YAGO.

¡Calla!

PAYO.

—Es verdad:

cuenta haced que nada he dicho.—  
Pues con esto de vecina  
y lo de ser tan amigos,  
y aquello de la alianza,  
todos los días la miro  
en casa...

JIMEN.

¿Y eso qué importa?

PAYO.

Que viendo que soy un niño  
inocente, una criatura  
infeliz y sin arrimo,  
esa vieja me requiere  
de amores á voz en grito;  
y como yo no contesto,  
¡me tira cada pellizco!... (Se rien.)  
¡Si, pues el caso es de risa!

BRIAN.

(Dándose cierta importancia.)

Esos dulces favorcillos  
de las hembras, se recatan.

PAYO.

¡Ah! ¿Con que es hembra? No opino  
del mismo modo: mujer  
que llega á cincuenta y cinco,  
y tiene aquel vocejon,  
y cuenta que á guerra ha ido,

no es mujer, es balletero  
que las faldas se ha vestido.  
Mas no llega...

JIMEN.

YAGO.

Hácia la parte  
que cae su señorío,  
se mira una como nube  
que es humo ó polvo de fijo.  
Tal vez la causa su gente  
que se habrá puesto en camino.  
(¡Ah! Dieron el golpe.)

JIMEN.

FERN.

TODOS.

(Saliendo de la iglesia.) ¡Yago!  
(Saludando respetuosamente.)  
¡Oh!

JIMEN.

FERN.

¡Fernan!

¡Jimén amigo!

## ESCENA V.

DICHOS.—FERNAN TELLO.

JIMEN.

Dichoso me considero  
viendo en tí tal alegría.

FERN.

Este de la vida mía  
dichoso día el primero,  
con su sol, que aun no ha salido,  
en esta aurora serena  
vá á alumbrar mi vida, llena  
de azares que echo en olvido.  
¿Y Luz?

BRIAN.

Pronto llegará.

JIMEN.

FERN.

¿Por qué ese afán anhelante?

Amigos, por este instante  
suspiro doce años há.  
Tan lejos de lo que mira  
se ha hallado mi antojo loco,  
que aun hoy que la dicha toco,  
me parece una mentira  
que en sueños á su placer  
forjó mi amor delirante,  
y que al ir á asirla amante  
vuelta en humo la he de ver.



YAGO. Serenad.

FERN. Yago, no puedo.

JIMEN. ¿Qué te suspende?

FERN. Una historia  
de que aun guardarán memoria  
en las Asturias de Oviedo.  
—En las crestas superiores  
de aquellas pobres montañas,  
donde asientan sus cabañas  
los míseros leñadores,  
ajenos de afan prolijo,  
hecha de leños y broza  
habitaban una choza  
un leñador y su hijo.  
Todo el día de hacha armados  
en el monte trabajaban:  
lo que entre los dos cortaban,  
en sus hombros, avezados  
al trabajo, sin piedad  
cargaba el hijo; y corria,  
cantando con alegría  
á venderlo á la ciudad.  
Pero una tarde, aun aterra  
tal recuerdo al corazón,  
Castilla entera y Leon  
presa de intestina guerra,  
lloraban su antiguo brillo  
perdido con su renombre.  
Esa guerra de hombre á hombre  
y de castillo á castillo  
que hacian los caballeros,  
poblaba con sus azares  
de soldados las ciudades,  
los campos de bandoleros.  
Esa tarde que decia,  
el hijo del leñador,  
libre de todo temor,  
hacia su choza volvia,  
cuando al saltar un torrente  
que al monte sirve de escudo,  
trás sí escucha un grito agudo:  
vuelve el rostro, y de repente,

veloz como una centella,  
vé que hácia el monte volaba  
un hidalgo, que llevaba  
en brazos á una doncella.  
«Favor,» dijo; y por favor  
prestarla, asió al criminal  
que le clavó su puñal.  
De aquel pobre leñador  
brotó entonces Fernan Tello;  
y el hacha con que solia  
leña hacer, cortó aquel día  
por primera vez un cuello.

JIMEN. ¿Eras tú?

BRIAN. (Que ha escuchado la historia con avidez, y seguido  
todos los movimientos de Tello.)

¡Vos!

PAYO. ¿Lo ignoraban?

Pues de sabios no se alaben.

¡Si eso en mi lugar lo saben  
hasta los niños!

FERN. No acaban

mis aventuras ahí,  
ni es esta la sola historia  
que bullendo en mi memoria  
fuera me tiene de mí.

Mas bien niña que mujer,  
la que yo salvado habia,  
en los quince frisaria.

Imaginaos un ser,  
que yo pintaros no puedo,  
que en belleza un ángel sea,  
y así tendreis una idea  
de lo que era Luz de Arnedo.

¡Ella!

JIMEN.

BRIAN. Proseguid.

FERN.

Robada

por el noble su enemigo,  
á quien di justo castigo,  
su familia atribulada  
sin norte, guia ni fé,  
y sin salir de su asombro,  
lloraba, cuando, hacha al hombro,



con Luz en su casa entré.  
¿Á qué deciros aqui,  
que desde la tarde aquella,  
por Luz, para ella, y por ella  
tan solamente viví?  
Su padre, que esto advirtió,  
llamóme un dia, y me dijo:  
«Fernan, quiero como á un hijo  
al que mi Luz me volvió;  
mas sal de aqui, que ni puedo  
autorizar tus amores,  
ni son para leñadores  
las de la casa de Arnedo.  
Á guerra de moros vé  
si abrigas tal pretension,  
y conquistate un blason.»  
«Yo conquistarle sabré,»  
dije, y en guerrera saña  
sintiendo hervir este pecho,  
recorrí el sendero estrecho  
que llevaba á mi cabaña,  
y dije á mi padre anciano  
que hácia mí corrió anhelante,  
con el hacha vacilante  
en su ya trémula mano:  
«Oh, padre mio, perdon,  
si os dejo solo en la tierra;  
mas me mandan á la guerra  
para que gane un blason.  
Benedicidme, que he de ir  
ese blason á ganar,  
y, ó con él he de tornar,  
ó lidiando he de morir.»  
Y uniéndome á una mesnada  
que codiciando tesoros  
entró por tierra de moros  
á hacer una cabalgada...  
no sé cómo, pero ello  
es, que dejé allí memoria,  
y á Oviedo llevó la gloria  
el nombre de Fernan Tello.  
Tanto, que cuando al siguiente

año salí de algarada,  
á mi sueldo una mesnada  
saqué de lucida gente,  
con la cual y con mi brio,  
(Poniendo mano á su hombro.)  
y con la ayuda de Yago  
y del señor Santiago,  
ganéme este señorío.

Mas cuando á Oviedo torné  
ansioso de ver mi amada,  
encontrémela casada,  
y solo á mi padre hallé  
leña cortando en el monte,  
si bien lleno de flaqueza,  
con mas nieve en la cabeza  
que en el vecino horizonte.  
—Sabeis cómo aqui he tornado,  
cómo aqui me le he traido,  
cómo mi pecho oprimido  
en la guerra ha respirado;  
y cómo á mi Luz, viuda,  
á esos lugares que fueron  
de su esposo, me trajeron  
mis dichas, que Dios ayuda;  
y por qué, lleno de amor  
temblando y ansioso espero,  
que aqui pague al caballero  
lo que debe al leñador.

BRIAN. ¿Con que eso se puede hacer?  
¿Con que con solo bravura  
un hombre sube á la altura  
en que hoy os llegais á ver?  
¡Oh! Decidme, por favor,  
el secreto en que eso estriba,  
y un esclavo, mientras viva,  
tendreis en Brian, señor.

FERN. ¿Sabrás cortar moros cuellos?

BRIAN. Ir al campo solicito.

FERN. Pues mi ciencia está en un grito.

BRIAN. ¿Cuál?

FERN. ¡Santiago y á ellos!

Y así, cerrando los ojos,



derribar al que no ceja  
y dejarlos ¡como deja  
el labrador sus rastros!

BRIAN. Segados!

FERN. ¡Segados, si!

ALDS. (Música pastoril dentro.)

¡Viva! ¡viva la señora!

FERN. ¡Ella!!! ¡Celestial aurora  
en que tanta dicha ví!

¡Jimén! ¡Jimén! ¿es un sueño?

JIMEN. (Lo veremos.) ¿No despiertas?

FERN. (Se descubre y todos le imitan.)

Las cabezas descubiertas,  
que vá á llegar nuestro dueño.

## ESCENA VI.

DICHOS.—DOÑA LUZ, PERO FERNAN, séquito.

Pero trae á Doña Luz de la mano debajo de un palio, cuyas varas traen los vasallos de ambas casas, y los rodean y siguen pajes, doncellas y hombres de armas. Detrás los aldeanos y aldeanas, que tiran las chias por alto y los victorean.

PERO. Hijo, estas caducas manos  
que ya trémulas se ven,  
te entregan el solo bien  
que entre todos los humanos  
ansiaste, y que ya á los dos  
todo pesar os evita.  
Union del padre bendita,  
(Extendiendo las manos sobre ellos.)  
será bendita de Dios.

FERN. Padre, acaban mis enojos,  
que yo pintaros no puedo.  
De hoy mas, doña Luz de Arnedo  
será la luz de mis ojos.  
Señora, á reinar aquí  
llegas por mi mucho amor.  
Un esclavo, no un señor,  
debes de mirar en mí.

LUZ. Señor, vuestros extravió

corregir quiero atrevida.  
Los ojos daránme vida  
del que es señor de los míos.  
Y no es bien que os ponga traba  
ni en vos pretenda mandar  
la que á este sitio al llegar,  
se juzga ya vuestra esclava.  
Esta es la sola ambición  
á que mi pecho abandono.  
El reino que yo ambiciono  
está en vuestro corazón.

PAYO.

(¡Huyuyui!) (Á una aldeana.)

PERO.

Con tus amores

honra nos das y no escasa.  
Tú vienes á honrar la casa  
de los pobres leñadores;  
que si bien de un hacha el brillo  
en campo abierto y cerrado  
por tu amor la ha trasformado  
en espacioso castillo,  
no podemos olvidar,  
y esto en nada nos rebaja,  
que una chocilla de paja  
fué nuestro pobre solar.  
Como esto borrar no puedo  
aunque dos mil años viva,  
perdona que te reciba  
como en los montes de Oviedo  
recibe el pobre pastor  
que virtudes atesora,  
á la esposa labradora  
de algún hijo leñador.  
Hija, no habrá aquí nobleza  
de esa á que avezada estás.  
En el rústico no hay mas  
que verdad y rustiqueza.  
Mas cual de la nieve el ampo  
son puras y al mal opuestas,  
aunque tan humildes, estas  
rancias costumbres del campo.  
Antes de entrar á ese templo  
y dar al hijo tu mano,



sufre de este pobre anciano  
costumbres, que son ejemplo  
allá donde las esposas  
que solo en el bien se animan,  
si no por nobles, se estiman  
por buenas y cariñosas.  
Este, hija y señora, es

(Tomando un rosario de una vandeja que trae un paje con los demas objetos que se indican.)

del que te has de acompañar  
cuando en cualquiera lugar  
sin ese tu esposo estés. (Se lo dá.)

Esta es de casa la llave,

(Mostrándole una llave.)

en muestra de que encerrada  
por tí, estarás bien guardada,  
que nadie guardarse sabe  
como uno mismo. Este es, (Una rueca.)

aunque instrumento tan bajo,

símbolo fiel del trabajo

á que mañana un revés

del hado tempestuoso

te pudiera condenar,

en fé de que has de ayudar

con tu trabajo á tu esposo.

Religion, trabajo y miedo

de libertad peligrosa,

forman una buena esposa

en las Asturias de Oviedo.

LUZ. Gracias, padre. Llevaré  
vuestros consejos aquí.

Brian, toma.

BRIAN. ¿Rueca á mí?

No tal, que la quebraré.

Dadme alguna espada vieja

bien adiestrada á lidiar,

(Jimén habrá estado hablando con los novios.)

que esa sabré yo llevar.

Este instrumento se deja

solo para los gallinas.

Toma, Payo.

PAYO. Gracias, paje.

No sabes que en tu coraje  
para espada la destinás.

(Poniéndola en el cinto.)

¿No estoy gentil?

YAGO. Quitá allá.

PERO. Ya puedes darle la mano.

LUZ. ¡Oh!

FERN. ¡Momento soberano!

YAGO. Requiescan in pace.

JIMEN. (Al ver que se dirigen á la iglesia.)

(¡Ah!)

FERN. Al templo. (Voces dentro.)

PERO. *¿Mas qué rumor?...*

FERN. Tu pecho, mi bien, sosiega.

YAGO. Es doña Lambra que llega  
al pié del cerro, señor, (Se detienen.)  
y baja de su corcel.

PAYO. (¿Sí? Pues pies, ¿para qué os quiero?)

YAGO. Ten.

LAMB. (Dentro.) ¿Adónde está el frontero?

Sígame mi gente fiel.

## ESCENA VII.

DICHOS.—DOÑA LAMBRA, su séquito.

PAYO. (Al verla.)

(Ábrete, tierra.)

LAMB. ¡Fernan!

¿En dónde está Fernan Tello,  
que una doncella en cabello  
le busca llena de afán?

FERN. ¡Lambra!

LAMB. ¡Cómo! ¿Eres tú aquel  
que con orgullo te llamas  
fiel escudo de las damas,  
rayo ardiente del infiel?  
¿Eres tú el que en un torneo,  
según la fama nos cuenta,  
mantuvo contra cuarenta  
que esa hermosura que veo (Por Luz.)  
era en el mundo sin par,  
por lo cual tal nombre alcanzas?



¿Eres tú quien con diez lanzas  
quiso hasta Granada entrar,  
y de una en otra batalla  
hasta sus puertas llegaste,  
y con tu sangre pintaste  
una cruz en su muralla?

FERN. Yo soy.

PERO. }  
LUZ. } Mas...  
JIMEN. }

LAMB. No, no eres tú.

Aquel galas no vistiera  
cuando á sus puertas sintiera  
en son de guerra á Ben-Hú.

JIMEN. (¡Ah!) (Váase furtivamente.)

TODOS. ¡Cómo!

LAMB. ¿Veis esa nube  
que al lado de mi castillo  
luce con rojizo brillo  
y ya hasta los cielos sube?  
Es mi aldea.

TODOS. ¡Cómo!

FERN. Dí.

LAMB. Mis graneros, mis tesoros...  
¡La tregua han roto los moros!

FERN. ¡Rayo de Dios!

PAYO. (¡Ay de mí!)

PERO. ¡Habla!

FERN. ¡Presto!

LAMB. ¡Por Santiago!

¡que si faldas no tuviera!...  
Cuanto yo decir pudiera,  
¡no te lo dice ese estrago?  
De los moros el caudillo  
mis vasallos cautivando  
y sus cabañas quemando,  
es señor de mi castillo...  
y en tanto que tú sin penas,  
ajeno al cargo que tienes,  
como un niño te entretienes  
en conyugales faenas,  
tras de mi corto escuadron

á arrancarte tus tesoros,  
corre una nube de moros  
sembrando la destruccion!

TODOS. ¡Ah!

(Grito, en las mujeres de terror y en los hombres de furor.)

LUZ. ¡Fernan mio!

FERN. ¡Una lanza!

¡Un caballo! ¡Pronto! ¡aqui!

¡Todos los hombres á mí!

¡Venganza! ¡bravos! ¡venganza!

TODOS. ¡Si!!

FERN. Las hembras al castillo.

PAYO. (Pasándose por delante al lado de las mujeres.)  
(Á ver si pasa.)

LUZ. ¡Fernan!

¿Me dejas en tanto afan?

FERN. ¡Luz! ¡Luz! que me falte el brillo

de esos tus hermosos ojos,

si antes de que en tal me viera,

dar contento no quisiera

á esta tierra mis despojos.

Tú eres mi esposa. Mi padre

te dirá si este se inflama.

Pero la patria me llama,

y esa es mas ¡porque es mi madre!

Quien al escuchar su nombre,

quien al ver que se la huella

no dice: ¡Todo por ella!

¡no es castellano! ¡no es hombre!

LUZ. ¡Si, parte!

PERO. ¡Vamos!

FERN. ¡Vos, no!

¡A vos, padre, la confío!

PERO. (Con desesperacion.)

¡Oh!... sí, si... ¡viejo y sin brio

de qué te sirviera yo!

Fuera un estorbo. ¡Es verdad! (Llora.)

Vé con tus fieles soldados.

¡Ay, verdes años pasados

de la ardiente mocedad!

LUZ. ¡Adios, Fernan!



- FERN. ¡Adios, Luz!  
Nada temen los que aman.
- PERO. ¡Hijo, que á voces te llaman  
tu hollada patria y la cruz!
- LAMB. (Alzando una mano, y dejándola caer sobre Payo, que  
se oculta entre sus faldas.)  
¡Si yo fuera varon!
- PAYO. (Al sentir el golpe.) ¡Ah!
- LAMB. (Cariñosamente.)  
¡Payico!
- YAGO. ¡Qué haces tú ahí?
- PAYO. Yo nada... pensé... que...
- BRIAN. Aquí  
el puesto de un hombre está.
- FERN. Niño, tú con las mujeres!
- BRIAN. ¡Cómo!
- FERN. ¡Pronto, deslenguado!
- BRIAN. ¡Dejar á un hombre barbado!
- PAYO. ¿Llevarte á este niño quieres  
á guerra?... ¡Vaya por Dios! (Llora.)
- FERN. ¡Mi raza nunca se abate!
- PAYO. ¡Vas á tu primer combate!
- FERN. (¡Y al último!)
- LAMB. ¡Luz, adios!
- LAMB. Que á Payo me dejes quiero  
mientras recobras mi tierra,  
que ese mis penas destierra.
- PAYO. ¡Ay! no: ¡la guerra prefiero!
- YAGO. (Pasa al lado de los hombres.)  
¡Tomad!
- FERN. (Entregando el pendon á Fernan, que ha ido á reco-  
ger de los escuderos, que le sacan de la iglesia.)  
¡Pues al campo! ¡Oh!
- FERN. ¡Doce años de sufrimiento  
iba á pagarme el momento  
que ante mí desapareció!
- FERN. ¡Adios, amoroso afan,  
imágen que el pecho adora!
- FERN. ¡Cuanto estoy sufriendo ahora  
los moros me pagarán!
- FERN. «¡Guerra!» diga mi clarín  
en ronco son iracundo,

y «¡guerra!» repita el mundo  
del uno al otro confín.

No mas lidie en nuestro mal  
esa canalla maldita.

¡Con piedras de su mezquita  
haré yo una catedral!

TODOS. ¡Santiago!!

FERN. ¡No mas cariño!

¡A ellos!!

(Corren frenéticos al foro y terepan por las escarpadas rocas del monte, escalándolas como gatos.)

YAGO. ¡Si, por mi nombre!

LUZ. { ¡Ah!

PERO.

BRIAN. ¡Que aqui dejen á un hombre!

(Llorando de rabia.)

PAYO. ¡Que allá se lleven á un niño!

(Llora de miedo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Galería de armas del castillo de Fernan-Tello; al foro, pero á la derecha, un gran arco que dá entrada á la galería y por el que se vé el adarbe del castillo y un paisaje en lontananza. En la izquierda, segundo término, avanza una arcada hasta ocupar dos terceras partes del ancho del escenario, y desde allí, formando ángulo, parte á unirse al arco del foro. Tanto los arcos que dan frente al público como los que miran al costado de la derecha, estan cerrados por vidrios de colores. Una gran puerta á la izquierda, primer término, y dos á la derecha. En el ángulo que forma la galería un trofeo de armas, en el que se destaca un hacha de leñador. En la cornisa que recibe la bóveda de la galería, hay colocados pendoncillos y banderas árabes. Sobre las puertas trofeos de guerra. Es de noche: llueve y se ven algunos relámpago á lo lejos.

### ESCENA PRIMERA.

BRIAN, DOÑA LUZ y PERO FERNAN.

BRIAN. Nada, señora, es el viento  
que airado á lo lejos brama.  
(Bajando del foro.)

LUZ. (Con mucha ansiedad.) Creí oír...

PERO. No temas, hija.

LUZ. Y ahora, ¿no oís mezcladas

con los silbos del levante  
voces confusas y extrañas?  
BRIAN. Tranquilizaos, señora.  
LUZ. Cada nueva bocanada  
de ese viento, me parece  
que ayes y gritos arrastra.  
¿No oís rumor de pelea?  
Yo siento chocar las armas.  
Fernan Tello, Fernan Tello;  
¿qué es de tí, bien de mi alma?  
PERO. Hija, aunque viejo, mi oído  
se amaestró en las montañas.  
Los rumores de la noche,  
que muchas veces espantan  
aun á los mas valerosos  
por el misterio que guardan,  
para el leñador de Asturias,  
que al raso *mil noches pasa*,  
son un lenguaje mas claro  
que aquel que los hombres hablan.  
Tú oyes un triste quejido;  
yo escucho al viento que brama  
porque aprisionarle quieren  
y de la prision se escapa.  
Tú oyes un rumor confuso  
que choques de aceros llamas;  
yo escucho el llanto de un roble  
que el fiero huracan arranca  
á su dulce madre tierra,  
que el jugo de sus entrañas  
siglos hace, en sus raices,  
para que viva, derrama.  
La piedra que se desprende  
del pico de la montaña;  
el murciélago que al aire  
bate las negruzcas alas;  
el buho sombrío y lúgubre,  
que mas bien llora que canta;  
la rama que cruge, el corzo  
que de peña en peña salta,  
el trueno, la lluvia, todo  
dice para mí palabras.



Entre estos vagos rumores  
mi diestro oído alcanzara  
el menor ruido extraño  
á los que la noche guarda.  
Vuelve en tí. Tu alma afligida  
vanos pesares se fragua.

LUZ. Padre, cuando el sol salía  
salió Fernán á batalla;  
ya está mediando la noche;  
ya quiere romper el alba,  
él no se torna al castillo,  
ni nueva alguna nos manda.  
Padre, el mi padre, ¿qué es esto?  
¡Gran cuita me anuncia el alma!

PERO. Al partirse con la aurora  
á Santiago invocaba,  
y la corneja siniestra  
no le acompañó en su marcha.

LUZ. No os canseis. Solo su vista  
tornarme podrá la calma.

BRIAN. (Con vehemencia.)  
¿Quereis que tome un caballo  
y en busca de nuevas salga?  
¡Oh! sí. Hacedme la merced  
de que la puerta me abran,  
y en medio de las tinieblas,  
saltando peñas y zanjas,  
por montes, valles y cerros,  
con mi corcel y mi espada,  
yo encontraré á los valientes  
que ayer salieron de algara.  
¡Oh!... presto. Quizá el combate  
aun encendido se halla.  
¡Por favor! Quizás aun llegue  
á las postreras lanzadas!

LUZ. ¡Niño!

BRIAN. ¡Niño! ¡Siempre niño!  
¿Cuándo apuntarán las barbas!  
¿No tengo ya quince años!  
¿No sé blandir una lanza?  
Dejadme salir al campo,  
que siento en el pecho rabia

por lidiar contra esos perros  
enemigos de mi patria!

PERO. (Cariñosamente, viendo sus brios con gozo.)  
Hijo, espera.

LAMB. Dios os guarde.

BRIAN. (¡Esperar!)

LUZ. ¡Oh!

PERO. Doña Lambra.

## ESCENA II.

DICHOS—y DOÑA LAMBRA, por la puerta izquierda.

LAMB. (Siempre recalando mucho lo que dice.)  
¿Aun no estais en vuestro lecho?

Los terceros gallos cantan.

LUZ. No acude el sueño á los ojos  
de esposa no desposada.

LAMB. Como siempre fui doncella,  
no tengo de esposa práctica.  
Hermana, la mujer fuerte  
de noble y antigua raza,  
que al hombre su gloria envidia  
y aspira á marciales palmas,  
uncirse no debe al yugo  
con que los hombres nos atan.  
Por eso yo, aun cuando miro  
que se queman en mis aras  
cien corazones, altiva  
desdeño de amor las ansias.

PERO. La gloria de las mujeres,  
allá en mis pobres montañas,  
no está en hacer las heridas,  
está, señora, en curarlas.

LAMB. (Con desprecio.)  
La de las plebeyas... si;  
mas la de las nobles damas...

PERO. (Señalando al que está colocado en el ángulo saliente  
de la galería.)  
Mirad, señora, el escudo,  
el blason de nuestra casa.  
¿Qué entenderá de nobleza



- quien la ha cifrado en un bacha?  
LAMB. Es verdad. Hija, ¿qué lloras?  
LUZ. Mi gloria, que se retarda.  
LAMB. (Con marcialidad.)  
¿La de salir al combate?  
LUZ. La de ver que rompe el alba.  
¿Sabeis la gloria que ansío?  
¿el bien que ambiciona el alma?  
Ver pasar hora tras hora  
de pechos á la ventana,  
taladrando con los ojos  
la piedra de esas montañas,  
por mirar otro horizonte  
que ellos desde aquí no abarcan.  
Interrogar á la brisa  
que desde tierras lejanas  
viene aquí, por si algo sabe  
de aquel que mis penas causa.  
¡Ay! las brisas forasteras  
responden en otra habla.  
Prestar cuidadoso oído  
al rumor que otro no alcanza  
á percibir, que yo siento,  
porque estoy enamorada.  
Ver que entre la bruma lucen  
de Tello las plumas blancas,  
bajar loca la escalera  
sintiendo aquí las pisadas  
de mi Fernán que se acerca,  
que vá á llegar, que me llama.  
Correr, volar á su encuentro,  
recibirle, enajenada  
de gozo, con estos brazos  
que aprisionarle anhelaran...  
limpiar el sudor que á mares  
corriendo está por su cara;  
aliviar con mis cuidados  
el cansancio que le mata...  
y á la Virgen y á su Hijo  
pedir que otra vez no parta!  
LAMB. (¡Qué rustiquez tan plebeya!)  
PERO. ¡Qué buen espejo de damas!

- BRIAN. ¿Por qué no tendré mas años,  
para que asi me aguardaran?
- LAMB. ¿Con que esperais?...
- LUZ. Dudo y temo;  
mas Dios me presta esperanza.
- BRIAN. ¿Qué es esperanza, señora?  
El pecho que en vos se inflama  
lleva en su amor un escudo  
que ballestas no traspasan.  
¿Qué han de hacer esos infieles  
si blande Fernan su lanza?  
Correr, cual moros que son,  
ante ese rayo de España.
- LAMB. (¡Qué ojos tiene el pajecillo!)
- PERO. No temas. Ninguna espada  
con la de Fernan se mide,  
sin que vencida no caiga.  
Sé bien el hijo que tengo.
- LAMB. (Suspirando.)  
¡Ah! No tengais tal confianza.  
Asi fué Tello; es verdad.  
Mas reparen que ahora ama,  
y yo no sé qué tenemos  
las que nos vestimos faldas,  
que al hombre que bien nos quiere  
le damos flaqueza tanta.  
Hércules, yo lo he leido  
y en pergaminos se halla;  
Hércules, que fué en su tiempo  
de Aragon la primer lanza;  
Hércules, el caballero  
de quien los moros temblaban,  
porque en diciendo ¡Santiago!  
y haciendo crugir sus mallas,  
no dejaba moro á vida,  
con una rueca villana  
finó hilando, que asi plugo  
á cierta hermosura hidalga.
- LUZ. Perdonadme, mi impaciencia  
no acierto á tener á raya.  
Ya alborece; de la torre  
que del Homenaje llaman



más espacio se descubre.  
Id si os place.  
LAMB. La mañana  
PERO. no habrá venido, y ya Tello  
estará aqui de tornada. (Vánse.)

### ESCENA III.

BRIAN, DOÑA LAMBRA.

LAMB. (¡Qué ojos tiene el pajecillo!  
Hay rapaces que embriagan.)  
Oye, el paje.  
BRIAN. ¿Mi señora?  
LAMB. (Qué humildad tan cortesana.)  
¿Te apellidan, por ventura,  
Gerineldos?  
(Mirándolo mucho, y con cierta entonacion melancó-  
lica.)  
BRIAN. Brian me llaman.  
LAMB. No me mires de esa suerte  
cuando torne Payo á casa.  
BRIAN. Yo...  
LAMB. Tú. Sé que, aunque plebeyo,  
el pobre garzon me ama.  
Y aunque mi estado... yo soy  
doncella aun... ¿Lo ignorabas?  
Y aunque mi estado, decia,  
y lo antiguo de mi raza  
me hacen que mire y no vea  
esa pasion que le abrasa,  
tanta pasion en un hombre  
me dá, Briancico, lástima.  
¿No has visto al ir á la guerra  
sus mal encubiertas lágrimas?  
Pues su pecho es valeroso.  
Era... ¡que aqui me dejaba!  
¡Asi debió llorar Hércules  
al separarse de Dálila!  
BRIAN. (Disimulando la risa.)  
Si hablais de lo de la rueca,  
Payo una rueca llevaba.

LAMB. Ya verás cómo en la lucha  
Amor se la vuelve espada.  
Ya verás cómo aquí torna  
contando grandes hazañas.  
Y entonces... si esto sucede,  
si el valor á mí le iguala,  
no te enojés, pajecillo...  
harto mi silencio habla. (Trueno.)

PAYO. (Dentro.)  
¡Santa Bárbara!

LAMB. ¡Ah!

BRIAN. ¡Él es!

LAMB. Vendrá á rendir á *mís plantas*  
los laureles del combate.

(Payo sale despavorido por el foro, sin ver á los que  
están en la escena, y al llegar al primer término se  
queda como clavado en el suelo, pero con un temblor  
cómico y dando diente con diente. No puede hablar.)

PAYO. Santa Bár... San... Santa Bárbara. .

#### ESCENA IV.

DICHOS, PAYO.

LAMB. ¡Payo!

PAYO. (Sin oírla.) Uno, cinco, tres,  
veinte... ¡de buena he escapado!

LAMB. (Á Brian.)  
No te decia? ¡En qué estado  
le pone el amor! ¡Lo ves?

PAYO. Veinte y tres... ocho... cuarenta...

BRIAN. ¿Pero y Tello? ¿y la mesnada?

PAYO. (Como contestando.)  
Treinta y dos...

BRIAN. ¿Qué dices?

LAMB. Nada.

Los que hoy ha matado cuenta.

BRIAN. Habla, que espera señora.

¿Traes nuevas?

PAYO. ¿Nuevas? ¡Eh!

¡Trancazos!



LAMB.

BRIAN.

PAYO.

¿Cómo?

Ya sé

lo que es una tranca mora.

LAMB.

Pero...

BRIAN.

¿Pero os han vencido?

¿Qué es de Fernan Tello? Acaba!

PAYO.

Si yo con Tello no estaba. (Llora.)

Pobre niño desvalido,

en el encinar del Ciego

me pusieron de atalaya.

Ese Yago ¡que mal haya!

se fué sin oír mi ruego,

diciendo: «De mi señor

»al primo aquí encontrarán.

»Ahí, Payo, te matarán,

»que ese es el puesto de honor.»

«Yo no tengo de eso,» digo.

Mas se fué y allí he pasado

todo el día abandonado. (Llora.)

BRIAN.

¿Y no has visto al enemigo?

PAYO.

¡Vaya!

BRIAN.

Cuenta.

LAMB.

Cuenta.

PAYO.

Apenas

á anochecer empezó,

y empecé á dormirme yo

tras de comerme mis penas,

que otra cosa allí no había

para acallar mi apetito,

comienzo á oír un ruidito...

un ruidito que venia

muy poco á poco hacía mí,

y que me trajo desvelo.

Pues señor, me tiro al suelo

y á poco ví...

BRIAN.

¡Acaba!

PAYO.

Ví,

á dos pasos... no pondero,

un morillo—le he tomado

una tirria al condenado!—

un morillo; mas tan fiero!

que al mirarlo ¡huy, Virgen madre!  
exclamé lleno de brio...

«¡Zapatos del padre mio!

»¿para qué os compró mi padre?»

Mas por pronto que me alcé,

un lapo aqui me alcanzó,

que la verdad, me dobló.

Corrió tras mí, y apreté.

Entonces ..—esta es la cuenta

que yo ajustaba al entrar,—

mucho moro ví brotar,

¡mucho moro! ¡mas de treinta!

y todos trás mí. ¡Ya!... ¡ya!...

y yo gritando: «os cansais;

»á pegar si me ganais,

»mas lo que es á correr .. ¡Quiá!»

BRIAN. ¿Con que tu puesto has dejado?

LAMB. ¡Cobarde! ¡un hombre pavura!

PAYO. ¿Qué ha de hacer una criatura  
con el cascaron pegado? (Llora.)

BRIAN. ¡Y si aquel puesto *importaba*!

¿Nada sabes de Fernan?

PAYO. Nada. Majado le habrán.

(Como diciendo una cosa que ha debido decir antes.)

—El morillo se llamaba

Majamé.—

BRIAN. ¿Qué debo hacer?

¡Dáme acá esa espada presto!

PAYO. No sé por qué llevan esto.

¡Estorba tanto al correr!

Toma.

BRIAN. Adios.

PAYO. ¿Adónde vas?

BRIAN. Al puesto que tú has dejado.

PAYO. Pues no he dicho, desdichado,  
que el morillo...

LAMB. (Queriéndole detener enternecida.)

¡Paje!

BRIAN. (Rechazándola.) ¡Atrás!

Dejadme al campo salir,

que aun salvar á Tello espero.

¡Hoy me armarán caballero,



ó dejaré de existir!!

(Con feroz energia, y váse rápidamente.)

## ESCENA V.

LAMBRA, PAYO.

LAMB. ¡Gallina!

PAYO. No, no; eso no.

Ojalá gallina fuera,  
que ya comido me hubiera  
mi propia persona yo.

LAMB. (Contemplándole con arrobamiento.)

(Pláceme por lo sencillo.

¡Si fuera bravo!) Contesta.

¿Vuelves á tu puesto? (Cariñosamente.)

PAYO. (Esta

(Apartándose con horror.)

es la madre del morillo.)

¡Al puesto! Por de contado.

El mes que viene.

LAMB. (Señalándole para que salga.)

¡Al instante!

PAYO. Esa turba de turbante  
me tiene un poco turbado.

LAMB. (Apartándose de él.)

¡Pues no tornes mas á mí!

PAYO. ¡Yo tornar! Si aun no he venido.

¡Ay! (Lambra le pellizca.)

LAMB. Pues ten, Payo, entendido

que el amor que guardo aqui  
tu gran cobardia agosta.

(Con tono amenazador, y váse.)

PAYO. ¡Se marchó! ¡Oh! ¡venturas ciertas!

Cerremos bien estas puertas,  
porque hay moros en la costa.

## ESCENA VI.

PAYO.

¡Ay! con qué alegría espera

el descanso apetecido (Con mucha gravedad.)

aquel hombre que ha vencido

¡cien moros!... en la carrera.

Yo entiendo el brio al revés

que el resto de los humanos.

Este lo pone en las manos,

y yo lo pongo... en los pies.

El moro me despavila. (Muy preocupado.)

«¡Á él, Majamé!» gritan... ¡Ah!

¡Majamé! esto ¿qué será?

Será su nombre de pila.

¡Qué disparate! no, no:

pensarlo en mi ingenio es mengua.

Ese Majamé, en su lengua

quiere decir ¡májalo! (Haciendo accion de pegar.)

(Se vé un relámpago casi simultáneo á un trueno, y á favor del relámpago se ven varios bultos de hombre detrás de la galería de vidrios.)

¡Zambomba! ¡Oh! Señor, ¿qué he visto?

Á través de los cristales (Otro relámpago.)

miro bultos funerales!

¡Señor mio Jesucristo!

(Empieza el delirio.)

¡Moros son! ¡y á tales horas!

¿De qué han servido mis lloros?

¡Un moro!... ¡y otro!... ¡y cien moros!..

(Retrocediendo como si los viera salir del suelo. Por último dá un salto para atrás, y se queda como clavado y dice en voz natural.)

¡Si siquiera fueran moras!

No, no; pues yo no he bebido.

(Siguen los relámpagos.)

En el encinar no había

mas que bellotas. Diría

(Estremeciéndose y dando una vuelta alrededor.)  
que al morillo había oído.

Sí, sí; me llama, me nombra,

(Completo delirio.)

me sigue por la barranca.

¡Oh! ¡No enarboles la tranca!

¡Aparta, pálida sombra!

(Como queriendo desasirse de ella.)



Si, si; yo te aplacaré.  
(De rodillas, y suplicante.)  
Duélate la desventura  
de esta infeliz criatura. (Llora.)  
¡Oh, señor de Majamé! (Un trueno.)  
No bien el labio le nombra, (Ya de pie.)  
un trueno el cielo me envía.  
¡Márchate á la moreria!  
¡A...par...ta, páli...da sombra!!!  
(Retrocede y cae en el sillón de la derecha como sin  
sentido.)

## ESCENA VII.

PAYO.—JIMEN, MAHOMET, BEN-EDI, MOROS.

Breve pausa durante la cual se abre una puerta secreta, y en ella  
se presenta Jimen, seguido de los demas.

PAYO. (Como volviendo en sí, sin mirar hácia atrás, y cuan-  
do ya está Jimen en la escena.)  
Ya se han ido.

JIMEN. (Embozado.) (¡Por aquí!)

PAYO. Cerrando los ojos bien  
se van.

(Para sí, y sin apercibirse de lo que le espera.)

MAHOM. (Con regocijo.) ¡Mi cristiano! (Aljamiado.)

PAYO. (Sin atreverse á mirarlo.) ¿Quién?

MAHOM. Yo soy Mahomet Ben-Edí.

PAYO. (Sin abrir aun los ojos.)

Por muchos años, señor.

¡Ah! ¡Majamé! (Escapa al vuelo.)

MAHOM. ¡Ten! cobarde!

(Dando una vuelta por la escena.)

No te irás como esta tarde.

FAYO. ¡Que soy un niño, favor!

(El primer arranque de la carrera de Payo, es para el  
foro, pero tropieza con Jimen y retrocede. Este juego  
es para dar lugar á decir los últimos versos, y escapa  
por fin Payo por el foro, y Ben-Edí detrás.)

## ESCENA VIII.

JIMEN y los suyos.

JIMEN. Dejados. Como conozco  
las entradas del castillo  
que en mas venturosos tiempos  
para nuestra ley, fué mio;  
sin que ninguno nos sienta  
llegar *aquí hemós podido.*

(Á los suyos.)

UNO. Manda, Selim.

(El cielo se vá despejando, y avanza el día por momentos.)

JIMEN.

Fernan Tello,

maldígale Alá, á otro sitio  
ansioso de nuestro daño  
con toda su gente ha ido.  
Aquí está la que á ser iba  
su esposa, en el punto mismo  
en que partió á darnos guerra.  
Que al tornar á casa altivo  
no la encuentre. Esa mujer,  
esa hurí del paraíso,  
mi amor, fiera ha desdeñado.

Hoy pagará su desvio.

Id por ella y conducidla (Vánse algunos.)

á lugar seguro.—Amigos, (Á los demas.)

el día de la venganza

luce con sangriento brillo.

Cuando Fernan mas triunfante

torne alegre á mi castillo,

su dicha robado habremos.

En el largo pasadizo

(Ya á unos, ya á otros y muy bajo, pero claro.)

secreto que aquí conduce,

ocultos y sin peligro

esperamos que los suyos,

á la fatiga rendidos

de la batalla, se duerman.

La trompa que llevo al cinto



os dará la señal cierta  
de salir. Que los cuchillos  
se emboten en las gargantas.

PERO.

¡Cobardes!

(Dentro con voz ahogada y como luchando. Salen los embozados con Doña Luz, que quiere gritar y sus gritos salen ahogados y casi sin fuerza. Jimen les indica la puerta secreta y se la llevan, y él y los demas les siguen rápidamente. Payo atraviesa el foro corriendo, seguido de Ben-Edí.)

JIMEN.

Por aqui, hijos.

### ESCENA IX.

PERO FERNAN, despues DOÑA LAMBRA, MARICA, mujeres,  
pajes y algunos aldeanos.

PERO. ¡Mi hija! ¡una espada! ¡un venablo!  
¡Ay! ¡cansados años frios!  
¡Socorro!

LAMB.

¡Aqui!

PERO.

(Salen algunos hombres por el foro derecha.)

¡Se la llevan!

¡socorro! ¡socorro! ¡Amigos!

LAMB.

¿Pero á quién?

PERO.

¡Á mi hija! ¡á Luz!

¡Defenderla no he podido!

¡Me la han robado esos perros!

¿Qué contesto al hijo mio

cuando me diga: «¿Qué has hecho,

»padre, de mi bien querido?»

¡Ay mis canas deshonradas!

¿En dónde estás, hijo? ¡Hijo!

LAMB.

Salid, los que hombres seáis.

Tambien saldré si es preciso,

que en España, ni las hembras

lo que es temor han sabido.

MAR.

¡Fernan Tello llega! (Bajando.)

PERO.

¡Cielos!

(Cae en un mueble.)

LAMB.

¡Silencio en nombre de Cristo!

(Algunos van á salir: Lambra los detiene y vienen á

quedar de modo que cubran el sitio en que está Fernan. Tello se presenta loco de alegría.)

## ESCENA X.

DICHOS.—FERNAN TELLO.

FERN. ¡Albricias! Á los semblantes  
vuelva á asomar la alegría.  
Por do quier la gente mia  
tras los pasos vacilantes  
del moro, que en la sorpresa  
lleno de miedo ruín  
dejó su rico botín,  
vá haciendo soberbia presa.  
¿Cómo? ¿Dudais de mis brios?  
¿Tanta dicha no creéis?  
¡Ah!... es que solo me veis.  
(Creiendo adivinar.)  
Me he adelantado á los míos,  
que vencedora la Cruz  
me arrastraba aquí el deseo.  
—Mas mi padre... no lo veo.—  
¿Por qué no está aquí mi Luz?

LAMB. (Balbuciente y bajando la cabeza: silencio.)  
Fernan Tello...

FERN. Habla, dí, dí.  
Acabe el ansia que siento.  
Yo no sé... Desde el momento  
que puse la planta aquí,  
negro presagio me abrumba.  
Al entrar en el castillo  
bajado encontré el rastrillo;  
imaginé que la bruma  
á mi padre me ocultaba,  
y á mi Luz, de cuyos brazos  
ansiaba los dulces lazos.  
Llegué al puente, solo estaba  
mi perro; y cuando á su oído  
llegó mi paso lejano,  
en vez de lamer mi mano  
se alejó dando un aullido.



Luego, mis pasos inciertos  
he dirigido hácia aquí,  
todo en calma, solo ví  
grandes salones desiertos,

(Todo con fatídica expresion.)

cuyas bóvedas pesaban  
sobre mi cab za hirviente,  
y en los cuales sordamente  
mis pisadas resonaban.

(Armonia imitativa.)

Aquí llevo, la victoria  
os digo que Dios me ha dado,  
¿y todo sigue callado?

¿No os he dicho que la gloria  
corona nuestro pendon?

Este silencio ¿qué augura?

¡Decidlo, que de pavora  
siento helarse el corazon!

LAMB. ¡Fernan Tello! ¡Dios lo quiere!

FERN. ¡Luz quizá!... ¡Mi dulce esposa!...

Tan jóven y tan hermosa

no se muere, no se muere. (Tranquilizándose.)

¡No ha muerto Luz!

LAMB. Es mas fiero,

Fernan Tello, tu dolor.

FERN. ¡Hablad: soy aquí el señor!

Hablad: ¡lo mando, lo quiero!

LAMB. Fernan, decirte no puedo...

Ten valor, mal que te cuadre.

FERN. ¡Jesus!!! ¿Ha muerto mi padre?

LAMB. No: no.

FERN. ¡Ah! ¡Gracias!... Tuve miedo.

LAMB. El Señor lo quiere así;  
su fallo, Fernan, acata.

(Han ido marchándose paulatinamente los de la servidumbre, enjugándose las lágrimas, por las distintas puertas. Fernan, al TUVE MIEDO, se cubre la cara con las manos y solloza. Doña Lambra aprovecha este momento y se aleja lentamente, no encontrándose con fuerzas para comunicarle la nueva. Tello vé á su padre y corre hácia él con la mas viva ansiedad.)

FERN. ¡Esta incertidumbre mata!

¡Ah! ¡vos, padre! ¡vos aquí!

## ESCENA XI.

FERNAN TELLO y PERO FERNAN.

PERO. ¡Hijo!

FERN. Vamos, padre: ¡hablad!

PERO. ¿Qué he de decir?

FERN. ¿No os lo grita  
este anhelo que me agita?  
¿esta angustia? ¿esta ansiedad?

PERO. ¡Fernan! (Llora.)

FERN. ¡Por la santa cruz!

PERO. ¿Por qué no habré muerto al verte!

FERN. No se trata aquí de muerte,

sino de Luz, ¡de mi Luz!

¿Por qué no está aquí? ¿por qué?

¡Glorioso san Isidoro!

¿Qué habeis hecho del tesoro  
que á vuestro honor confié?

PERO. ¡Hijo!

FERN. Luz no ha muerto, no:  
que sé que vive os advierto.  
No: no me digais que ha muerto.  
No lo creeria. ¡Oh!

Sé bien que es otro el motivo  
del mal que aclarar procuro.

Yo mismo me lo aseguro,  
puesto que siento que aun vivo.

PERO. ¡Fernan mio!

FERN. ¡Vais á hablar!

Ved que estoy para morir.

PERO. ¡Qué te tengo de decir? (Con desesperacion.)

FERN. ¡Y qué os he de preguntar? (Ia.)

PERO. No me obligues á que hable.

Pregunta.

(Despues de un movimiento de Tello.)

FERN. ¿No estais mirando  
que de miedo está temblando  
esta lengua miserable,  
y que en tanta pena junta



como me hiere y me ciega,  
mi torpe boca se niega  
á articular la pregunta?

PERO.

¡Oh!

FERN.

(Cariñosamente.)

Vamos, padre querido.

Aunque se me rasgue el alma,  
sabré escucharos con calma.

¿Luz me ha olvidado? ¿Se ha ido?

PERO.

No.

FERN.

(Desprendiéndose de sus brazos.)

¡Que no! ¿Y osais callar?...

PERO.

¡Oh!

FERN.

¡Rayo de Dios airado!

Harto el hijo os ha rogado.

¡El señor os manda hablar!

(Con acento amenazador.)

Rey soy dentro del castillo  
donde se alza mi bandera.

¡Al pendon y la caldera

la horca junto y el cuchillo!

¡Hablad! ¡Lo quiero! ¡Lo mando!

PERO.

(Conteniéndolo.)

¡Hijo, que tu padre soy!

FERN.

Padre, habladme, que ya voy

que sois mi padre olvidando.

PERO.

Los moros...

FERN.

¡Finad!

PERO.

¡Ahí

de mis brazos la arrancaron!

FERN.

¡La hirieron!

PERO.

¡No; la robaron!

FERN.

(Con temor al mediar la frase y con una violenta transición.)

Maldicion de Dios... ¡en mí!

PERO.

¡Hijo! (Quiere abrazarlo.)

FERN.

¡Apartad esos brazos!

PERO.

¡Que tu padre soy repara!

FERN.

(Frenético.) ¡Pues si padre no os llamara,  
no os hubiera hecho pedazos?

Os la dejo confiada

¡a ella! á mi prenda querida,

¿y os hallo al volver con vida  
y me la encuentro robada?

PERO. Respeta, por el Señor,  
al que te dió ser y nombre.

FERN. ¡Yo no miro mas que al hombre  
que mi amor mata y mi honor!  
Una mujer confiada  
al honor de Fernan Tello,  
sin perder vos un cabello  
os ha sido arrebatada.  
Vos á un tiempo me engendrateis  
y ser honrado me disteis:  
lo que entonces, *padre, hicisteis*,  
en esta noche borrasteis.

PERO. ¡Hijo!  
(Fernan se lanza al trofeo que está á la izquierda, y  
coge el hacha.)

FERN. ¡Hacha, comienza hoy  
á ser lo que fuiste un día!  
Desde este punto, hacha mia,  
hijo tuyo solo soy:  
con tus filos he ganado  
un buen nombre que llevar.  
¡Tú me volverás á dar  
el nombre que me han quitado!  
¡Espada, estoy sin honor  
y en mi cinto te desdoras!  
(La arroja despues de hacerla pedazos.)  
¡Bosque de cabezas moras,  
allá vá tu leñador!  
(Con voz de trueno.)

PERO. Hijo, tente.

FERN. ¡Plaza, dije!

PERO. Fernan, hijo, ten memoria.  
Ese hacha te dió victoria,  
porque al salir te bendije.  
Un mal aliento te hostiga  
que todos los bienes trunca.  
¡No salgas al campo nunca  
sin que el padre te bendiga!  
FERN. ¡Yo no quiero bendicion!  
¡Yo soy de mí mismo padre! (Grito.)



PERO. ¡Por el alma de tu madre! (Grito.)

FERN. ¡Oh! ¡Perdon! ¡padre! ¡perdon!

(Vá á arrojarle al suelo y Pero lo recoge en sus brazos. Breve pausa de grandes sensaciones.)

## ESCENA XII.

DICHOS, BRIAN.

BRIAN. (Sale casi sin poder hablar.)  
¡Señor! ¡Señor!—¡Ah! ¡Fernan!  
En el encinar del Ciego,  
de donde volando llego,  
á cuatro moros, mi afán  
oyó, que esta noche aquí...  
Jimén, que á Luz te ha robado...

FERN. ¡Él!

BRIAN. Si, si; y gente ha ocultado  
que se apodere de tí.

PERO. ¡Ah!

BRIAN. Como amigo entrará;  
mas en cierto pasadizo  
que él en el castillo hizo  
cuando fué suyo, tendrá  
su gente oculta, esperando  
que el triste silencio rompa  
un sonido de su trompa.

FERN. (Que ha escuchado fuera de sí, de impaciencia.)  
¡Y entre eso que vas narrando  
no les oíste decir  
en dónde mi Luz está?

BRIAN. No, mas Jimén lo sabrá.

PERO. Y Jimén ha de venir.

FERN. ¡Ah! ¡Le espero! ¡Gracias, Dios!

PERO. Reponte, Fernan, sosiega.

FERN. ¡Ah!

BRIAN. Silencio, que aquí llega:  
con calma esperad los dos.

### ESCENA XIII.

DICHOS, JIMEN.

- JIMEN. ¡Oh! ¡Fernan!  
(Fernan y Pero se reprimen á su pesar: Tello quiere lanzarse á él y se contiene con violencia.)
- BRIAN. ¡Señor... Jimen!...
- JIMEN. ¿Has triunfado de esos perros?
- FERN. No; porque aun no he puesto hierros á todos... y fuera bien.
- BRIAN. (Rápidamente á Tello, al ver que Jimen la trae al cuello, pendiente de un cordón.)  
(Trae la trompa.)
- JIMEN. ¿Y tu gente?
- FERN. (¡Oh!)
- PERO. Se les ha adelantado.
- JIMEN. (Aun no es tiempo.) ¿Estás cansado?
- FERN. (Arrojándose sobre él, ciego de cólera.)  
Estoy... ¿dónde, vil serpiente que yo en mi seno abrigué, tu infamia á mi Luz esconde?
- JIMEN. ¡Fernan!
- FERN. Díme presto dónde, ó entre mis manos te haré polvo.
- JIMEN. ¡Atrás!
- (Logra desasirse, vá á levantarse poniendo mano á su puñal.)
- FERN. (Haciéndole caer de nuevo, hacha alzada y poniendo un pié sobre Jimen.)  
¿Puñal á mí?
- JIMEN. ¡Maldicion!
- BRIAN. (Excitándole.) ¡Buen desahogo!
- FERN. ¿Dónde está? ¿dónde? ¡ó te ahogo!
- JIMEN. ¡Piedad!
- FERN. (Rápido.) ¡Dónde, dónde, dí!
- JIMEN. La rabia los tiene locos.  
¿No me matas?
- FERN. Si que haré.
- JIMEN. Con venganza moriré.



- (Pugna por tocar la trompa.)
- FERN. ¡Llama! Todos serán pocos.
- JIMEN. ¡Ah! ¿Sabes?
- FERN. ¡Si! Dios lo quiso.  
Avisa á los de tu bando,  
ó tu cabeza saltando  
irá á darles el aviso.  
(Alzando de nuevo el hacha. Toca Jimen.)
- PERO. Á ellos te vas á entregar?...
- BRIAN. ¿Qué pretenden tus proezas?  
(Los dos á Fernan, aterrados.)
- FERN. ¡Cabezas! ¡muchas cabezas  
que tengo sed de cortar!
- JIMEN. ¡Ah! ya estan en mi poder.
- BRIAN. ¡Mas no vivos!  
(Aparece por todas partes su gente mora.)
- FERN. Ven.
- JIMEN. Hermanos,  
á ellos! ¡á los cristianos!
- FERN. ¡Santiago!  
(Forman grupo Fernan, Brian y Pero, que se arman del trofeo.)
- BRIAN. ¡Venid á ver!
- JIMEN y MOROS. ¡Oh!  
(Van á lanzarse sobre ellos, y en el punto se oye una música guerrera dentro. Los tres los esperan en actitud terrible.)
- FERN. Mi gente, que la Cruz  
(Oyendo acercarse la música y loco de alegría.)  
á darme socorro envia.  
Quieto. Servirás de guia  
para que encuentre mi Luz.  
(Deteniendo á Jimen.)
- BRIAN. No habrá tratos ni acomodados  
para salir de aqui vivos...  
si no quedais por cautivos.  
¡Al suelo las armas, todos!  
(Se vé á los hombres de armas de Fernan asaltar el adarbe del foro y se lanzan en tropel á la escena. Los moros quedan anonadados y dejan caer las armas.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, YAGO y hombres de armas.

YAGO. ¡Señor!  
BRIAN. ¡Pronto! Á esos prended.  
(Movimiento de desprecio de Fernan.)  
FERN. Dejadlos... y al campo luego,  
(Haciendo que se detengan.)  
que apagar quiero este fuego,  
esta abrasadora sed  
de venganza. Que cien cuellos  
cortar pueda al enemigo.  
(Se marchan los moros.)  
PERO. ¡Vamos!  
TODOS. Si!  
PERO. ¡Yo te bendigo!  
FERN. Pues... ¡Santiago y á ellos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

Patio fortificado de la casa fuerte de Doña Lambra ; muros almenados en el foro. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda. Otra al foro: á la derecha, en segundo término, una trampa que se supone dá á una cueva que sirve de bodega. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

YAGO, VASCO, PAYO y BALLESTEROS.

Al levantarse el telon aparece la escena sola, y á poco asoma Yago por encima del muro del foro y arroja con precaucion una escala de cuerda, por la que baja. Todos traen alquiceles y caladas las capuchas.

YAGO. ¡Chist! Nadie.

(Á los que figuran estar fuera.)

VASCO. (Dentro, pero muy por lo bajo todo.)

Pues salta.

PAYO. (Dentro, llorando.) ¡Ay!

YAGO. ¡Chist! (Ya desde la escena.)

VASCO. (Ya encima de la tapia.)

Si es este majadero  
que llora.

YAGO. ¡Voto á Santiago!

Échale acá.

(Vasco desde lo alto de la tapia, figura coger por un

brazo á Payo, á quien los otros empujan y lo deja caer hácia el escenario.)

PAYO. ¡Que no entro!

VASCO. Anda.

YAGO. Si chistas, te mato.

PAYO. ¡Ay! ¡Dios mio!

YAGO. Entrad presto.

(Á los ballesteros, que entran por la puerta del foro, cuya cerradura habrán violentado con los puñales Yago y Vasco.)

PAYO. ¡Pero dónde estamos, hombre!

VASCO. Más bajo.

YAGO. (Á Payo.) ¿No lo estás viendo?

PAYO. ¡Jesus! ¿este no es el patio de aquel castillo roquero de doña Lambra?

YAGO. Si. Alerta. (Á los ballesteros.)

PAYO. ¿Y no estan los moros dentro? Esto es meterse en la boca del lobo.

YAGO. Pues no hay remedio.

VASCO. Yago, el tercer atalaya á quien clavaste tu acero, antes de morir dió un grito.

(Con cierto recelo.)

PAYO. Hizo bien: dicen y creo que el quejarse el mal alivia.

VASCO. Ya, ya; pero si lo oyeron...

YAGO. Si lo oyeron, ya al Señor encomendarnos podemos.

PAYO. ¿Cómo?

YAGO. De la chusma mora todo el castillo está lleno; á favor de las tinieblas, del disfraz y de este hierro, hasta aquí llegar pudimos por conocer el terreno palmo á palmo. Mas si saben que aquí hemos llegado, siendo uno para cada mil, contémonos ya por muertos.

PAYO. ¡Dios nos coja confesados!



- YAGO. ¿Ois algun movimiento?
- VASCO. Me parece...
- YAGO. ¡Á ver!
- VASCO. Escucha.
- PAYO. ¡Oh! ¡Cristo de los Remedios!
- ¡Te ofrezco un payo de cera  
si me sacas de este aprieto!
- YAGO. Creo oir...
- VASCO. Tal me parece.
- Y si aqui vienen, ¿qué hacemos?
- YAGO. Morir.
- PAYO. No, no, eso no.
- YAGO. ¿Te ocurre algun otro medio  
de terminar esta empresa?
- PAYO. ¿Que si me ocurre? ¡Y soberbio!
- YAGO. Habla.
- VASCO. ¡Pronto!
- PAYO. ¿Sereis todos  
hombres de seguir mi ejemplo?
- TODOS. Si.
- PAYO. Pues mirad. Buenas piernas  
no hay duda que las tenemos.  
Vámonos como vinimos.
- YAGO. ¡Cobarde! Y á Fernan Tello,  
que nos manda que á su esposa  
de este castillo saquemos,  
¿qué contestacion le damos?
- PAYO. ¿Qué? Que hemos tenido miedo.
- YAGO. ¡Miedo! Amigos, ¿estais todos  
á salvar á Luz resueltos,  
ó á morir en la demanda?
- TODOS. Si.
- PAYO. No, no.
- YAGO. Tú, si.
- PAYO. ¡Protesto!
- YAGO. (Poniendo mano al puñal.)  
Es que...
- PAYO. Si, si; me convence  
tan poderoso argumento.  
(Por la amenaza de Yago.)  
¿Qué será de esta criatura  
de su madreica lejos?

- YAGO. Ya retroceder no es dado.  
Mientras el noble frontero  
como una fiera combate  
á ese poderoso ejército  
que mandó el rey de Granada,  
aqui no hemos de ser menos.
- PAYO. Si; pero ellos tienen tierra  
para huir.
- YAGO. Calla, necio.
- VASCO. ¿Habrá triunfado Fernan?
- YAGO. Solo Dios puede saberlo.  
La rotura de la tregua  
tramada estaba hace tiempo.  
Mientras nosotros fiados  
en la amistad de esos perros  
dormiamos, se aprestaban  
á nuestro exterminio ellos.  
No solo los fronterizos,  
sino tambien los conversos  
de los lugares de Nuñez,  
de ese Jimen tan artero,  
están en armas. Bastará  
el hacha de Fernan Tello  
para segar las cabezas  
de todos. Mas cuando á hacerlo  
salió con toda su gente,  
cerróle el paso un ejército  
que á deshora y sin aviso  
cayó cual turbion deshecho  
sobre nosotros. Fernan  
dejar no puede á los nuestros  
sin su jefe. El solo ansiaba  
entrar aqui á sangre y fuego  
y rescatar á la esposa,  
que aqui está en prision gimiendo.  
A eso nos manda; que sea  
cada cual un Fernan Tello.
- PAYO. ¡Pero, hombre, traer á un niño  
para un asunto tan serio!  
Voy á serviros de estorbo.  
Si, por no estorbar me vuelvo.
- VASCO. ¿Cómo?



- PAYO.                    ¡Si no puedo andar!  
Si ese Majamé me ha hecho  
pinchándose las espaldas  
dar cada carrera en pelo...  
Vaya; buenas noches.
- YAGO.                    ¡Payo!
- PAYO.                    Por Dios, no nos enojemos.  
Yo no sé ni dónde estoy,  
ni qué me pasa, ni pienso  
que estoy vivo. En confianza,  
Vasco, Yago, si es que he muerto,  
no me lo ocultéis: habrá  
valor dentro de este pecho  
para soportar tal nueva  
con rostro firme y sereno.
- YAGO.                    ¡Eh! ¡Vamos! De vacilar  
no es, amigos míos, tiempo.  
A doña Luz, con recato,  
por el castillo busquemos;  
y si, lo que Dios no quiera,  
gente nos sale al encuentro,  
muramos como cristianos,  
que habremos ganado el cielo.
- PAYO.                    ¿No fuera mejor ganarlo  
rezando mil padre nuestros?
- YAGO.                    Anda.
- VASCO.                    ¿No dejas alguno  
que estándose aquí al acecho  
nos avise si alguien viene?
- PAYO.                    Mejor es que nos quedemos  
todos.
- YAGO.                    ¿Cómo?
- PAYO.                    Majamé  
debe de encontrarse ahí dentro.
- YAGO.                    ¡Bah!
- PAYO.                    Me ha dado en la nariz,  
y la mía es de podenco.  
Tampoco él las tiene torpes,  
y si me olfatea... ¡ay, cielo!  
vá á haber, os lo juro, cada  
trancazo que cante el credo.  
Yo no entro.

YAGO. Pues bien; quédate  
con valor en este puesto,  
y guárdanos las espaldas.

PAYO. ¿Las vuestras? Si yo no puedo  
guardar de ese vil morillo  
las mias.

YAGO. Vamos adentro,  
amigos.

PAYO. ¿iY me dejais!?

TODOS. Vamos.

YAGO. ¡Valor y silencio!

PAYO. ¡Ah bárbaro!

YAGO. Ahora ¡Santiago!

y con los moros cerremos!

(Vánse izquierda.)

## ESCENA II.

PAYO.

PAYO. ¡¿Santiago!? Pues yo, ¿tambien  
que me ampare no merezco?  
Baja en tu caballo blanco,  
no á matar moros, que eso,  
gran santo, te cansaria;  
sino á ofrecerme un asiento  
en ancas de tu caballo  
y llevarme por los vientos.  
¡Baja! Si, si, si; ¡ya baja! (Llora.)  
¡Solo entre moros me encuentro!  
Ay, ¡si entrar nos han sentido!  
¡Ay de mí, si asomar veo  
del morillo condenado  
las barbas de chivo viejo!  
¡Ay, Payo de mis entrañas,  
cómo te pondrán el cuerpo!  
Pero, ¿por dónde me escapo?  
La escala cortaron esos.  
Diria que estoy temblando.  
¡Tiembla, si te alivia hacerlo,  
pobre Payico! ¡Oh! memorias,  
¡oh! ¡inolvidables recuerdos!



En este castillo Lambra  
puso á mi virtud asedio,  
mostrándome la excelencia  
de sus amores añejos.  
Pero lo era mas el vino  
que en el patio en que me encuentro  
guardaba en profunda cueva.  
¡Pobre vino! Estarás fresco  
en poder de tanto moro,  
que no hace honor á tu mérito.  
¡Tiembla! ¡Tiembla! ¡Oh Dios! ¡Qué idea!  
Yo ví temblar los pellejos  
cuando vino les faltaba,  
mas no cuando estaban llenos.  
¡Si yo el mio rellenara!  
De vino estando repleto,  
no temblaria. Es seguro,  
y no hay que pensar en ello.  
El miedo, es falta de vino.  
Aqui está la cueva. Bueno.  
¡Jesus! ¡y cuántos toneles!  
¡Uno, veinte, treinta, ciento!  
¿Hay toneles? ¿Si? ¿Son muchos?  
Pues, ¡Santiago y á ellos!  
(Baja rápidamente á la bodega, cerrando tras sí. Salen  
por el foro Jimen, Mahomet y moros, al mismo tiem-  
po.)

### ESCENA III.

MAHOMET, JIMEN, MOROS.

- MAHOM. Pues como diciendo iba,  
se me escapó mi cristiano.  
JIMEN. ¡Eh! ¡Déjanos!  
UNO. Selim, cuenta. (Á Jimen.)  
JIMEN. En la fuente de los álamos  
encontré á los de Granada.  
MAHOM. ¿Pero libres os dejaron  
los de Fernan?  
JIMEN. Si: reunidos  
con el frontero cerramos.

- UNO. ¿Y le vencisteis?  
JIMEN. Su padre  
cautivo al castillo traigo.  
UNO. ¿Y doña Lambra?  
JIMEN. Cautiva.  
MAHOM. ¿Y estaba allí mi cristiano?  
JIMEN. Eh, calla.  
UNO. Pero, ¿y Fernan!  
JIMEN. Mira lo que de él he hallado. (El hacha.)  
MAHOM. ¿Muerto quizá? (Muy gozoso.)  
JIMEN. No se sabe,  
que no se le halló en el campo.  
Unos dicen que se esconde;  
otros, que junta soldados  
para cautivarnos. Mas  
ya yo le tengo en mis manos.  
UNO. ¿Cómo?  
JIMEN. Haz que al punto pregonen  
que si aquí á ser nuestro esclavo  
no viene, antes que amanezca,  
será por mí degollado  
su padre.  
MAHOM. Añade al pregon  
que se traiga á mi cristiano.  
JIMEN. Tú sueñas con ese hombre.  
MAHOM. ¡Es tan listo! ¡Corre tanto!  
JIMEN. ¡Oh! Voy á sacar á Luz  
de la torre en que la guardo,  
para llevarla á otra estancia;  
que puesto que ya triunfamos,  
menos que en que esté segura,  
pensar debo en su regalo.  
(Váse seguido de los suyos.)  
MAHOM. ¿En dónde le encontraré? (Pensativo.)  
Por Alá que estoy cansado  
de correr tras él. ¿En dónde, (Se sienta.)  
en dónde podré encontrarlo?  
PAYO. Brr, brr.  
(Alzando la trampa y asomando la cabeza.)  
MAHOM. ¡Estará muy lejos!  
(Melancólico y sin ver á Payo.)  
Aquellos pies son de gamo.



## ESCENA IV.

PAYO, MAHOMET.

- PAYO. (Medio borracho.)  
¡Qué toneles! ¡Qué tesoros!  
Brr, brr... Ahora, si. Ahora, si. (Saliendo.)  
Moros, ¡moritos á mí! (Dando traspies.)  
Nada. Que me traigan moros.  
Por el santo de mi nombre...  
¿Quién puede con esta fiera?  
Venga Moreria entera:  
Venga aqui: ¡que aqui hay un hombre!
- MAHOM. ¡Lejos! ¡muy lejos! (No lo vé aun.)
- PAYO. (Con sobresalto.) ¡Eh! ¿qué?  
¿Quién ha hablado por ahí?  
Si es moro, que venga.
- MAHOM. Achí. (Estornuda.)
- PAYO. ¡Jesucristo! ¡Majamé!
- MAHOM. ¡Mi cristiano!
- PAYO. (Con algun miedo.) ¡Ay! ¡El temblor!  
Aun no está el pellejo lleno.)
- MAHOM. (Restregándose las manos de placer.)  
(¡Ahora está seguro!)
- PAYO. (¡Bueno!  
¡Otro trago de valor!)  
(Bebe del casco que figura haber sacado lleno de vino.)
- MAHOM. (¿Qué hace? No me ha conocido.)
- PAYO. (Aprenderemos en este,  
que es chico.)  
(Corre el uno hácia el otro y al encontrarse se quedan  
inmóviles cara con cara.)
- MAH. ¡Cristiano!
- PAYO. ¡Peste!
- MAH. (¡No corre!)
- PAYO. (¡Este no ha bebido!)
- MAH. (Con gozo y cariñosamente.)  
¡Tú aqui, mi cristiano!
- PAYO. ¡Toma!
- Pero atienda y oiga, hermano.  
¿No vé que no soy cristiano?

Aquí está el mismo Mahoma.

MAH. ¿Cómo entraste en esta casa?

PAYO. ¿Yo? Porque un valiente soy.

MAH. ¡Corre! ¡huye! ¡Que tras tí voy!

¡Ya verás lo que te pasa!

PAYO. ¿Y qué me podrás hacer?

¿Algun agujero aquí? (En el vientre.)

Mejor. Saldrá vino. Así me lo volveré á beber.

MAH. Corre presto.

PAYO. ¿Yo? ¡Muchacho!

¿de un hombre quieres reírte?

He venido aquí á decirte que Mahoma es un borracho.

MAH. ¡Calla!

PAYO. Lo diré otra vez,  
y mil, si ese es tu deseo...  
porque no hay vicio mas feo  
que ese de la embriaguez.

MAH. ¿Cómo entraste á esta mansion?

PAYO. ¿Cómo? Por ese agujero.  
(Señalando á la bodega.)

MAH. Por...

(Se agacha para mirar á la bodega y Payo se echa sobre él.)

PAYO. Morillo traicionero,  
te pillé. ¡Dí zancarron!

MAH. ¡Es una fiera! ¡Oh! (Logra escaparse.)

PAYO. ¡Ten, toma!

(Corre tras él y le dá una bofetada.)

¡Que te pincho, que te mato!

Ratoncillo, aquí está el gato.  
Dí «zancarron de Mahoma.»

(Le ha cogido otra vez.)

MAH. Piedad!

PAYO. ¡Májate á tí mismo,  
Majamé!

(Cogiéndole las manos y haciendo que se dé en la cara.)

MAH. Piedad imploro.

PAYO. (Cogiendo los pedazos de cuerda de la escala que han roto.)  
Déjate amarrar.



MAH.

¡Oh!

PAYO.

(Poniéndole en la boca lo que le servía de turbante.)

¡Moro!

¡calla, ó te rompo el bautismo!

(Carga con él y lo mete por una de las puertas de la derecha, y sale y dice con entonación dramática, echando el cerrojo.)

¡Uno menos! ¿Quién no trilla,  
quién no patea á esta gente?

¡Vengan! ¿Y esto es ser valiente?

Pues no hay cosa mas sencilla.

¿Eh? Baján por la escalera.

¿Temblo otra vez? No atino...

¡Ah! sí, sí. Es falta de vino.

Volvamos á mi huronera.

## ESCENA V.

LUZ, JIMEN, PAYO, oculto.

JIMEN. Ven.

LUZ. ¿Dónde me llevas?

JIMEN. Ya

vencidos los tuyos, quiero  
en lugar mas placentero  
aposentarte. Ven.

LUZ. ¡Ah!

JIMEN. ¿Qué tienes?

LUZ. Yo no lo sé.

JIMEN. En largas horas serenas  
yo te haré olvidar tus penas;  
tu amor olvidar te haré.  
No serás mi esclava ahora;  
más halagüeña es tu suerte.  
Dentro de esta casa fuerte  
eres mi reina y señora.

LUZ. ¡Yo!

PAYO. (Bueno.)

JIMEN. ¿No se te alcanza  
lo inútil de ruegos vanos?  
Vencedor de tus hermanos,  
yo soy tu sola esperanza.

LUZ. Mas ¿los has vencido?  
JIMEN. ¡Oh!  
Tan completa es la partida,  
que no hay cristiano con vida.  
PAYO. (¡Embustero! Pues ¿y yo?)  
LUZ. ¡Jesus!  
JIMEN. Presto lo verás.  
Tanto mi suerte fué pia,  
que es tu salvacion ser mia.  
LUZ. ¿Yo tuya? ¡Jamás! ¡Jamás!  
Celeste divina luz  
que el alma ilumina siento.  
Aun queda en mi pecho aliento  
para abrazarme á la cruz;  
y el Dios que en ella murió,  
blando á mi cristiano ruego,  
me enviará un auxilio luego,  
que nunca me abandonó.  
Toda tu arrogancia es vana,  
todo tu poder es vano:  
si ya no alienta un cristiano,  
¡aun queda en mí una cristiana!  
PAYO. (Esta es de los mios.)  
JIMEN. (Con sarcasmo.) ¡Ah!  
¿Con que esperas que de aqui  
tu Fernan te saque?  
LUZ. Si.  
Mi Fernan me salvará  
JIMEN. No.  
LUZ. ¿Tú vencerle? ¡Mentira!  
¿Por tan necia me has tenido  
que piensas que lo he creído?  
JIMEN. (Enseñándole el hacha.)  
¿No lo crees? Mira, mira.  
LUZ. ¡Su hacha!  
JIMEN. Dime que no es cierto.  
Haz que ya mi amor detenga.  
Dile que á salvarte venga.  
LUZ. ¡Fernan! ¡Mi Fernan ha muerto!  
¡Ah! No teme tu poder  
la que de él fué tan querida.  
Hiere ya. Suya en la vida,



¡suya en la muerte he de ser!  
El hacha presto levanta,  
que yo el golpe no rehuyo.  
De ese hierro que fué suyo  
sedienta está mi garganta.  
PAYO. (¡Que alce el brazo y ya verá!)

JIMEN. No, Luz; no busca tu muerte  
quien solo vive en quererte.  
Mira, ya la arrojo.

PAYO. ¡Ah!  
(Tira Jimen el hacha, de modo que caiga próxima á la  
trampa de la cueva donde está Payo asomado: este la  
coge, hace un movimiento para subir á la escena mien-  
tras el verso de Jimen; pero retrocede al oír la voz de  
Lambra, y se oculta.)

LUZ. ¡Ten!

JIMEN. ¿Rendido no me ves?

PAYO. ¡Ahora!  
(En el momento en que vá á salir como para pegar por  
la espalda á Jimen.)

LUZ. ¡No llegues á mí!

LAMB. (Dentro, con voz ahogada.)  
¡Déjame!

JIMEN. ¡Alguien viene!

PAYO. (Muy naturalmente, y en el momento de ocultarse.)  
(¿Si?...  
Lo dejo para despues.)  
(Algunos traen hachas de viento.)

## ESCENA VI.

LUZ, JIMEN, PERO FERNAN, LAMBRA, moros. Jimen corre  
hácia el foro.

PERO. ¡Valor, Lambra!

LUZ. ¡Padre!

PERO. ¡Oh!

LUZ. ¡Padre querido!

PERO. Estos lazos  
me impiden darte los brazos.

JIMEN. Quitádselos luego.

PERO. No.

Todo aquel que un bien ha hecho  
há derecho á ser loado;  
tú, dos veces renegado,  
no tienes ese derecho.  
Presto libre me he de ver,  
que harto tiempo ya viví.  
No quiero que hagas por mí  
lo que la muerte ha de hacer.

JIMEN.

Quitádselos.

LUZ.

¿Y Fernan?

PERO.

Nada sé del hijo mío.

LUZ.

¿Pero vive?

LAMB.

Yo confío

en que muerto no le habrán.

LUZ.

Pero su hacha está aquí.

PERO.

Viendo que me aprisionaban

y que el paso le cerraban

muchas lanzas hasta mí,

su brazo membrudo alzó ..

Aquel hacha con fiereza

sobre su noble cabeza

un círculo describió.

Soltóla al aire; y bravía,

con silbido sobrehumano,

á cortar vino la mano

que por el cuello me asia.

Despues, sembrando el estrago,

á los moros se lanzó,

y á lo lejos se perdió

su grito de ¡Santiago!

JIMEN.

Despues... nada.

LUZ.

Hay que esperar.

JIMEN.

(Á Luz.)

Vamos. En el ansia mía

piensa aquí, que antes del día

tu fallo has de pronunciar.

LUZ.

¡Oh! deja que al de mi padre

corra aquí mi llanto unido.

¡Por tu madre te lo pido,

si es que ¡un moro! tiene madre!

JIMEN.

Sea. Ven, Lambra.

LAMB.

(Con sentimiento cómico.)



La rosa  
hacer suya todos tratan.  
¡Ay! ¡por qué al nacer no matan  
á aquella que nace hermosa!  
(Jimén le señala la segunda puerta de la derecha, y se  
entra tras ella, seguido de los suyos.)

## ESCENA VII.

LUZ, PERO FERNAN.

LUZ. ¡Padre! ¡Padre!  
PERO. ¡Hija, mi bien!  
LUZ. ¿Llorais?  
PERO. Me ahoga el pesar.  
Ahora ya puedo llorar,  
que esos perros no me ven.  
LUZ. ¡Vos tan fiero!  
PERO. ¡Ay! Hija mia,  
que era esa ruda fiereza  
máscara que la flaqueza  
del pobre viejo encubria.  
Al ver tu inmenso dolor,  
al contemplar tus enojos,  
hervia el llanto en los ojos  
del mísero leñador.  
Antes rompiera á llorar,  
que honor que mata no quiero;  
¡pero Tello es caballero,  
y al hijo tengo que honrar!  
Padre, ¿ese llanto es por mí?  
LUZ. Por tí sola.  
PERO. ¿Es cierto?  
LUZ. Es cierto.  
PERO. No llorais al hijo ¡muerto?!  
LUZ. No.  
PERO. Págueoslo Dios. Así  
¿vos no perdeis la esperanza?  
PERO. ¡Qué! ¿Tú perdido la habrás?  
LUZ. ¿Teneis esperanza?  
PERO. ¡Mas!  
¡tengo en Dios mi confianza!

- LUZ. De suerte que vos pensais  
que Tello con vida está.
- PERO. Pienso que no s salvará.
- LUZ. ¡Oh! La vida me tornais.
- PERO. Cuando ansiando atormentarnos  
callan que pudo morir,  
es libre. Serlo... es decir,  
que pronto vendrá á salvarnos.
- LUZ. ¡Ah! (Al oír un toque de corneta, dentro.)
- PERO. Fué al pié de la muralla.  
Quizás es que Tello llega.
- LUZ. ¡Oh! si, si, si.
- PERO. Hija, sosiega.
- LUZ. ¡Gracias, Virgen!
- PERO. Calla, calla.
- VOZ DENT. ¡Oid, oid! «Este es el pregon que manda  
»echar el muy alto y poderoso Selim Adél,  
»alcaide por el rey de Granada de todos los  
»castillos y lugares de la frontera.»
- LUZ. ¡Padre! (Muy por lo bajo.)
- PERO. Escuchemos: ¡valor! (Se abrazan.)
- LUZ. No sé por qué lo que he oído  
hiela el pecho.
- PERO. Su latido  
conten para oír mejor.
- VOZ DENT. ¡Oid, oid! «Llamo y emplazo á Fernan Te-  
»llo, frontero de las tierras de Castilla, pa-  
»ra que antes de que amanezca el día se  
»presente solo en la casa fuerte de Peñacer-  
»rada por mi prisionero y cautivo: previnién-  
»dole que de no hacerlo al primer rayo del  
»sol, serán degollados su esposa y su padre.»  
(Vuélvese á oír las voces de ¡Oid, oid! y el toque de  
clarín.)
- LUZ. ¡Ah!!!  
(Al lanzar Luz el grito vuelven á abrazarse.)
- PERO. ¡Miserable! ¿Es así,  
es así como te vengas?
- LUZ. Tello, aléjate, no vengas,  
que es dulce morir por tí.
- PERO. ¡Hija!  
(Se ven subir por el monte los del pregon. Llevan teas



- en las manos.)
- LUZ. Padre, ¿no es verdad  
que Fernan lejos se halla?  
¿que no vendrá?
- PERO. ¡Calla, calla!
- LUZ. Héroe de la cristiandad,  
para ella debe vivir,  
que él es su mejor sosten.
- PERO. ¡Calla! Le conozco bien;  
vendrá aquí, vendrá á morir.
- LUZ. Acaso lejos está.  
Su vida es tan necesaria,  
que Dios oirá mi plegaria,  
y ese pregon no sabrá.
- PERO. ¡Gracias, gracias, hija mia!  
¡Tú quieres morir por él!
- LUZ. ¿No es deber de esposa fiel?
- PERO. Mira: ya la sombra, el día  
poco á poco vá empujando.  
Ya estrellas no se divisan.  
Ya al sol de que es tarde avisan  
esos pájaros cantando.  
¡Oh! tiemblo verle asomar  
en ese opaco horizonte.
- LUZ. Callad, pájaros del monte,  
que al sol vais á despertar.
- PERO. Todo cobra vida y ser  
en este instante, y yo muero,  
porque no sé lo que quiero  
ni lo que debo querer.
- LUZ. ¡Oh! vuestra boca detenga  
esa frase. Sí sabemos  
lo que queremos. Queremos  
que no venga, que no venga.  
Montañas, cerrad los huecos  
de las grutas, que en su oído  
ese pregon maldecido  
no repitan vuestros ecos.
- PERO. Hija, ¿y tu vida? ¡y tu vida!
- LUZ. Quiero que él pueda vivir.
- PERO. ¡Pero morir tú, y morir  
tan jóven y tan garrida!

Tú, que esa tu mano al dar  
vías, cual flor sin abrojos,  
desplegarse ante tus ojos  
las delicias del hogar.  
¡Morir tú! No puede ser.  
Que alegre por su hijo muera  
este viejo, que no espera  
en la vida otro placer,  
es justo. ¡Pero los dos!  
Seguir ambos una suerte,  
morir con la misma muerte,  
¡no puede quererlo Dios!

LUZ. Mirad. Ya nada detiene  
el día que alegre avanza.  
¡Padre, tengo una esperanza!  
¡Fernan no viene! ¡no viene!

### ESCENA VIII.

DICHOS.—JIMEN, á poco BRIAN.

PERO. } ¡Ah!  
LUZ. } (Al ver á Jimen, que se presenta en la puerta.)  
JIMEN. Amanece.  
LUZ. Con sosiego  
la muerte espero.  
JIMEN. En tu mano  
está salvarte.  
PERO. ¡Villano! (Voces dentro.)  
BRIAN. ¡Oh! ¡viven! Á tiempo llego.  
(Brian se presenta en el foro sumamente agitado, y  
al ver á Luz y á Pero respira con fuerza.)  
LUZ. } ¡Brian!  
PERO. }  
JIMEN. ¿Qué buscas?  
BRIAN. Un nombre  
que en las crónicas grabar.  
Á un hombre quieres matar.  
Yo te traigo aquí á ese hombre.  
LUZ. } ¡Tú!  
PERO. }



JIMEN.                   ¿Cómo?  
BRIAN.                   Líbralos, ó  
                          de tu pregon te desdices.  
JIMEN.                   ¿Mas dónde está ese que dices?  
BRIAN.                   Aqui estoy. ¡Ese, soy yo!  
LUZ.                    }  
PERO.                   } ¡Hijo!  
JIMEN.                   Vete ó puede que...  
BRIAN.                   ¡Por el santo de mi nombre!  
JIMEN.                   (Con desprecio.)  
                          ¿Quién eres tú?  
BRIAN.                   Hombre por hombre,  
                          ¿sabes tú lo que seré?  
                          Aqui late un corazon  
                          que ningun riesgo anonada.  
                          Quizá seré el que en Granada  
                          clave el cristiano pendon.  
                          Algo hay en mí que me emplaza  
                          á empresas dignas de un rey.  
                          Mátame, y así á tu ley  
                          salves quizás, y á tu raza.

## ESCENA IX.

DICHOS.—OMAR.

OMAR.                   Á las puertas del castillo  
                          pide hablarte con afan  
                          un embozado.  
JIMEN.                   ¿Es Fernan?  
LUZ.                    ¡Él!  
PERO.                    ¡Dios!  
OMAR.                   Aun con poco brillo  
                          luce el sol, y no es posible  
                          sus facciones distinguir.  
JIMEN.                   Entre.  
LUZ.                    ¡No!  
PERO.                    Viene á morir.  
LUZ.                    ¡No! ¡piedad!  
BRIAN.                   ¡Esto es horrible!  
PERO.                    ¡Mátame! ¿qué te detiene?  
JIMEN.                   ¿Y qué de matarte espero?

El que yo muerto ver quiero  
es Fernan.

FERN.                   Aquí lo tienes.

(Apareciendo en la puerta del foro, y arrojando el tabardo al suelo se dirige á Jimen con arrogancia.)

## ESCENA X.

DICHOS.—FERNAN y MOROS.

JIMEN.           { ¡Oh!  
BRIAN.           {

(El primero de gozo, el segundo de dolor.)

LUZ.                   ¡Fernan!

PERO.                   ¡Hijo! (Casi simultáneo.)

FERN.                   ¿Qué aguardas?

La cabeza que os dá asombros  
os traigo sobre estos hombros,  
¿por qué en cercenarla tardas?  
Sois muchos, yo vengo inerme  
y solo á morir aquí.  
¿Tan viles sois, que aun así  
os pone pavor el verme?

PERO.                   ¡Hijo!

FERN.                   ¡Oh!

(Sin atreverse á mirar á su padre y á Doña Luz.)

JIMEN.                   Tanto alborozo  
me causa el estarte viendo,  
que dudo si estoy durmiendo.

FERN.                   ¡Despierta! Día es de gozo.

JIMEN.                   Quítale, Omar, esa espada,

FERN.                   Aguarda. (Conteniéndose.)

JIMEN.                   ¿Qué te detiene?

FERN.                   Verlos aquí. Un precio tiene  
mi cabeza pregonada.  
Si cierto el pregon no sale,  
de nuevo la lucha empieza.  
Yo no entrego mi cabeza  
si no me das lo que vale.

PERO.                   Déjanos morir, Fernan.

FERN.                   Padre, ¿no veis que así hablando  
gran flaqueza me estais dando?



Salgan libres.

JIMEN.

Ya saldrán.

LUZ.

{ ¡No!

PERO.

FERN.

Cual cumple á mi decoro  
con torba sonrisa fiera  
déjame, padre, que muera  
haciendo temblar al moro.  
¡Pronto! ¡Sacadlos de aqui!  
La muerte aguardo á pié firme.  
¡Si es que hombres sois para herirme  
llegad, cobardes, á mí!

JIMEN.

La espada entrega.

FERN.

Villanos.

¿Á un hombre solo temeis?  
La sangre que me saqueis  
os ha de quemar las manos!  
¿Con que me pensais mal  
como á una fiera entre ciento,  
y aun os falta el vil aliento  
de dejarme batallar?  
Pensé que un gran corazon  
dentro de un moro cabria;  
pensé que la cobardia  
no estaba en la religion.  
Hoy que un azar me sujeta  
á vuestras cobardes manos,  
miro, que sois tan villanos  
como vuestro vil profeta!

MOROS.

¡Muera! (Lanzándose á él.)

JIMEN.

Tened.

FERN.

¡Vil canalla!

Si al oirme os irritais  
todos ¡y mas que seais!  
sois ya conmigo en batalla.  
¿Quién es quien asi amenaza  
á los que no hay quien derrote?

JIMEN.

FERN.

¡Yo soy Fernan Tello, azote  
de tu ley y de tu raza!  
El castellano decoro  
que de vosotros vá en pos:  
el rayo hirviente de Dios

que él fulminó contra el moro.  
Soy el que tu mente fiera  
de miedo y temor ofusca.  
¡Yo soy el leon, que busca  
al tigre en su madriguera!!  
¡Muera!

MOROS.

FERN. Venid, que os espero.

JIMEN. Teneos, que tiempo habrá;  
mueran antes estos.

(Por Luz y Pero.)

FERN.

¡Ah!

No, no: no. Tomad mi acero.  
(Exclamacion general.)

JIMEN.

¡Pronto! á una torre esos dos.  
Á otra torre esa mujer.

FERN.

¡Cómo! Libres deben ser.

JIMEN.

¿Creiste? (Sonriendo con malignidad.)

FERN.

¡Rayo de Dios!

(Lo sujetan y amarran.)

JIMEN.

¡Goza, que gozarte puedes!

¡En mi poder todos vivos!

(Satánicamente.)

LUZ.

¡Redentora de cautivos,  
Señora de las Mercedes!!

(Fernan lucha.)

FERN.

¡Oh! ¡Cobarde! ¿Con tal hecho  
piensas que mi brio amarras?

¡Aun el leon tiene garras  
para desgarrarte el pecho!

(Rompiendo las ligaduras y avanzando ferozmente há-  
cia los que le hostilizan, que retroceden.)

¡Adios, mi padre! ¡Adios, Luz!

Si quieres que muera así,

(Al cielo muy rápidamente.)

Dios, ¿dónde hay un arma?

PAYO.

¡Aqui!

(Levantando la trampa y alargándole el hacha.)

FERN.

¡Ah!... ¡Moros, plaza á la cruz!

Dios siempre presta valor  
al que ataca á su enemigo.

¡Ven á combatir conmigo, (Avanzando.)  
sombra del Cid Campeador!



PAYO. ¡Aqui, Yago!

JIMEN. Los destellos  
de este sol de la victoria  
alumbrarán nuestra gloria.  
MOROS. ¡Mueran! (Salen muchos mas moros.)

FERN. }  
YAGO' } ¡Santiago y á ellos!  
CRISTS' }

(Yago, Vasco y multitud de cristianos salen por distintas partes y se empeña la lucha. Fernan, con su hacha haciendo remolino, aparta de su cabeza las espadas, cubriendo con su cuerpo á Doña Luz: Doña Lambra sale tambien con espada y combate en otro grupo: Brian cubre con su cuerpo á Pero Fernan, que lo anima con gritos de guerra: Payo, con una lanza, corre tras de algunos moros, y dice los cuatro versos siguientes despues de tirar al suelo á uno y amenazándole con la lanza. Yago está en el grupo que capitanea Jimen: este cae herido en el foro.)

PAYO. ¡Cómo tu perdon no impetras,  
morisma, al ver este rayo!  
¡Allá vá el nuevo Pelayo!  
—aunque me faltan dos letras.

YAGO. Ya Jimen la tierra escarba.

PERO. ¡Triunfamos!  
(Fernan los ha ido acorralando hasta el foro.)

PAYO. (Con furor cómico.)  
¡Moros á mí!

¿Queda alguno por ahí  
que quiera hacerse la barba?

FERN. ¡Luz!

LUZ. ¡Fernan!

PERO. ¡Hijo!

LAMB. (Muy gozosa.) Á la fé  
que Payo empezó á soltarse.

PAYO. ¿No hay ya quien quiera afeitarse?  
(Despues de darse una palmada en la frente.)  
Afeitaré á Majamé.

BRIAN. (Á Payo.)  
¿Adónde vas, rapacillo?

PAYO. Á asuntos propios. ¡Á ver!  
¡Vaya! ¡querer detener (Descorriendo el cerrojo.)

- á un hombre como un castillo!
- FERN. Dios es quien triunfa, mi Luz.  
Él lo hizo todo; yo nada.
- LUZ. ¡Gracias, Dios!
- YAGO. (En un torreón.) ¡Peña Cerrada  
por Castilla y por la cruz!  
(Payo sale con Ben-Edí á cuestas, como lo metió en la  
escena tercera, y dice para sí abriendo la trampa de la  
bodega.)
- PAYO. Tendrá sed: agua no hay,  
vino de beber habrá,  
y moro así no será.  
Anda á cristianarte.  
(Lo tira de cabeza á la bodega.)
- MAH. (Al caer, ya abajo.) ¡Ay!
- BRIAN. (Á Tello, que lo abraza.)  
¡Señor!
- PERO. No eres vocinglero.  
Bien tu daga golpes tira.
- BRIAN. ¡Oh! ¡Podré decir á Elvira  
que me armareis caballero?
- LAMB. Á tí, y á Payo también,  
que os lo ganó vuestro brazo.
- BRIAN. (Á Tello, que dá muestras de asentimiento.)  
¡Gracias!
- PAYO. Si hay espaldarazo  
renuncio á tan alto bien.
- LAMB. (Con cariño.)  
¡Payico!
- PAYO. (¡Ay! me cogió el toro.)
- LAMB. ¡Ya el valor te iguala á mí!  
Llega.  
(Payo está sobre la trampa, sin moverse.)
- PAYO. No.
- LAMB. ¿Qué haces ahí?
- PAYO. Estoy cristianando á un moro.
- LAMB. Tu amor premiado se halla.  
Nos casaremos.
- PAYO. ¿Si? ¡Bien! (Pesaroso.)  
(El vino dará también  
valor para esta batalla.)  
(Á Mahomet; que quiere levantar la trampa.)



¡Eh, Majoté, quieto!

PERO. ¡Ah!

¡Qué hermoso sol, hijos míos!  
Mis cansados años fríos  
llenando de aliento está.  
Este sol me reconcilia  
con la vida que irse veo,  
que en él mira mi deseo  
paz, hogar, calma, familia!  
El abre otros horizontes,  
fin poniendo á cruda guerra.  
¡Sol tranquilo de esta tierra,  
yo te ví en mis patrios montes!

FERN. Si, si, padre, no te engañas.  
Ese sol que el triunfo alumbra  
y con majestad se encumbra,  
es el sol de mis montañas.  
Mas no es de paz ese rayo  
que el rojo disco prolonga.  
¡Vedlo! es el de Covadonga;  
¡el que iluminó á Pelayo!  
Es el que enciende el Señor  
por faro del que le adora.  
¡El que en Valencia una aurora  
saludó al Cid Campeador!  
¡Sol á cuya luz Castilla  
romperá todas sus trabas,  
¡el claro sol de las Navas  
que vió Fernando en Sevilla!  
Hoy, al venir á alumbrar  
nuestra reciente victoria,  
no nos enseña una gloria  
que en calma poder gozar;  
que el rayo de bendicion,  
hijo de su luz divina,  
aun en Granada ilumina  
el arábigo pendon.  
¡Á Granada! y cuando ya  
á esos villanos arteros  
arrojen nuestros aceros  
de los mares mas allá ..  
¡Allá! que quien tal no trata

con poco se satisface.  
¡Hasta el aire que allí nace  
nos emponzoña y nos mata!  
Mientras esas gentes fieras  
no miren nuestros altares  
en sus bosques seculares  
de gigantescas palmeras;  
mientras no doblen sus cuellos  
ante el Dios que nos sostiene,  
¡que en el desierto resuene  
mi ¡Santiago y á ellos!  
Solo entonces ese sol,  
que ardiente inflama mi alma,  
podrá ser el sol de calma  
que inunde el suelo español!

FIN DEL DRAMA.



ARGENTINA ESPAÑOLA

CONSTITUCIÓN

D. FLORENTINO

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

DE LA NACIÓN

# LA ESCENA ESPAÑOLA.

---

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. LUIS DE EGUILAZ

PERTENECIENTES Á ESTA COLECCION.

VERDADES AMARGAS.

ALARCON.

LAS PROHIBICIONES.

UNA BROMA DE QUEVEDO.

EL CABALLERO DEL MILAGRO.

UNA VIRGEN DE MURILLO (1).

UNA AVENTURA DE TIRSO.

LA VERGONZOSA EN PALACIO.

MARIANA LA BARLÚ.

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

LA VAQUERA DE LA FINOJOSA.

LA LLAVE DE ORO.

GRAZALEMA.

EL ESCLAVO.

EL PATRIARCA DEL TURIA.

LAS QUERELLAS DEL REY SABIO.

MENTIRAS DULCES.

¡SANTIAGO Y Á ELLOS!

---

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.



aquera de la Finojosa.  
 or del valle.  
 pobres de Madrid.  
 rtinaje y pasión.  
 riad en la cadena.  
 lanta exótica.  
 aloma y los halcones.  
 mujeres.  
 ratitud y el amor.  
 gó en martes!!  
 ratitud de un bandido, ter-  
 ra parte de Diego Corrientes.  
 batalla de Covadonga.  
 estrella de la esperanza.  
 lazos de la familia.  
 mariposa.  
 quid pro quos.  
 cuenta del zapatero.  
 mala semilla.  
 huella del pecado.  
 cuenta del zapatero.  
 maridos.  
 hipocresía del vicio.  
 raza del gallo.  
 cutera de Murillo.  
 piel de león.  
 campana de la Almudaina.  
 lápida mortuoria.  
 bolsa y el bolsillo.  
 moros del Riff.  
 mamá.  
 de ojo.  
 iana Labarld.  
 ho ruido y pocas nueces.  
 tin Zurbano.  
 edades.  
 ta y Maria.  
 tiras dulces.  
 ro y Blanco.  
 gueno se entiende, ó un hom-  
 e tímido.  
 leza contra nobleza.  
 es oro todo lo que reluce.  
 rvo método de buscar marido.  
 mpta.

Ocho mil doscientas mujeres por  
 dos cuartos.  
 Paco y Manuela.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Por una hija!...  
 Propósito de enmienda.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagravio del Cid.  
 Por la puerta del jardín  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pelayo.

Quien mucho abarca.  
 ¡Qué suerte la mía!  
 Quién viv!!  
 ¿Quién es el autor?  
 Quien mal anda mal acaba.

Rival y amigo.  
 ¡Rico... de amor!

Su imagen  
 Similia similibus curantur, ó un  
 clavo saca otro clavo.  
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
 Sueños de amor y ambición.  
 Sin prueba plena.  
 Se salvó el honor.  
 ¡Solo en el mundo!!  
 Santo y peana.  
 ¡Santiago y á ellos!

Tales padres, tales hijos  
 Traidor, inconfeso y mártir.  
 Trabajar por cuenta ajena.  
 Todos unos.  
 Tres damas para un galán.

Un amor á la moda.

Una conjuración femenina.  
 Un domine como hay pocos.  
 Un pollito en calzas prietas.  
 Un huésped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Un par de guantes.  
 Una ráfaga.  
 Uno de tantos.  
 Una noche en Trifunke.  
 Un marido en suerte.  
 Una lección reservada.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 Un día de prueba.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una lección de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero.  
 Una broma de Quevedo.  
 Un si y un no.  
 Una Virgen de Murillo.  
 Una aventura de Tirso.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una lección de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Un señor de horca y cuchillo.  
 Una equivocación.  
 Un retrato á quema ropa.  
 Un cuerdo loco y un loco cuerdo

Ver y no ver.  
 Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de  
 Serranta de Ronda.

## ZARZUELAS.

élica y Medoro.  
 nas de buena ley.  
 é. (*Música.*)  
 n Vizconti.  
 ual mas feo.  
 nas noches, vecino.  
 tran el aventurero.  
 veyina la Gitana.  
 ido y Marte.  
 as de D. Juan.  
 indo ahorcaron á Quevedo.  
 ar para ver.  
 ro y Flora.  
 a Crisanto, ó el Alcalde pro-  
 dedor.  
 Sisenando.

doctrino.  
 ensayo de una ópera.  
 Grumete.  
 calesero y la maja.  
 Vizconde.  
 perro del hortelano.  
 secuestro de un difunto.  
 lancero.  
 delirio (drama lírico).  
 dominó azul.  
 redes de carnaval.  
 Postillon de la Rioja (*Música*).

El mundo á escape.  
 Einovio pasado por agua, (*Má-  
 sica.*)  
 El diablo en el poder.  
 El esclavo.  
 El relámpago.  
 El Vizconde de Letorieres.  
 El capitán español.  
 El último mono.  
 El león en la ratonera.  
 El Zuavo.  
 Farinelli.  
 Guerra á muerte.  
 Giralda.  
 Juan Lanas.  
 La litera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
 Los dos Flamantes.  
 La vergonzosa en palacio  
 La Dama del Rey.  
 La Colegiala.  
 La espada de Bernardo.  
 La cacería real.  
 Los conspiradores.  
 La modista.  
 La huérfana.

La Jardinera.  
 La hija de la Providencia.  
 La Roca negra.  
 Los jardines del Buen Retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 Los diamantes de la Corona.  
 La pensionista.  
 La guerra de los sombreros.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisio-  
 nes de Edimburgo.  
 Mateo y Watea.  
 Mentir á tiempo. (*Música.*)  
 Marina.  
 Moreto. (*Música.*)  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por conquista.  
 ¡Quien manda, manda!  
 Simon y Judas.  
 Tres madres para una hija.  
 Tres para una  
 Un sobrino.  
 Un día de reinado.  
 Un pleito.  
 Un cocinero.  
 Una guerra de familia.  
 Un Zapatero.  
 Un primo.

Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,  
 o segundo de la izquierda.



## PUNTOS DE VENTA.

**MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.**

### PROVINCIAS.

|                    |                               |                                |                    |
|--------------------|-------------------------------|--------------------------------|--------------------|
| Adra.....          | Robles.                       | Lugo.....                      | Viuda de Pujol.    |
| Albacete.....      | Perez.                        | Mahon.....                     | Vinent.            |
| Alcoy.....         | Martí.                        | Málaga.....                    | Taboadela.         |
| Algeciras.....     | Almenara.                     | Idem.....                      | Cañavate.          |
| Alicante.....      | Ibarra.                       | Mataró.....                    | Abadal.            |
| Almería.....       | Alvarez.                      | Murcia.....                    | Hered.de Andrion.  |
| Ávila.....         | Palomares.                    | Orense.....                    | Robles.            |
| Badajoz.....       | Rino.                         | Orihuela.....                  | Berruazo.          |
| Barcelona.....     | Hered. <sup>a</sup> de Mayol. | Osuna.....                     | Montero.           |
| Idem.....          | Cerdá.                        | Oviedo.....                    | Mántaras.          |
| Bejar.....         | Coron.                        | Palencia.....                  | Gutierrez é hijos. |
| Bilbao.....        | Astuy.                        | Palma.....                     | Gelabert.          |
| Burgos.....        | Hervias.                      | Pamplona.....                  | Barrena.           |
| Cáceres.....       | Valiente.                     | Pontevedra.....                | Verea y Vila.      |
| Cádiz.....         | V. de Moraleda.               | Pto. de Sta. Maria             | Valderrama.        |
| Cartagena.....     | Muñoz Garcia.                 | Reus.....                      | Prius.             |
| Castellon.....     | Perales.                      | Ronda.....                     | Gutierrez.         |
| Ceuta.....         | Molina.                       | Salamanca.....                 | Huebra.            |
| Ciudad-Real....    | Arellano.                     | San Fernando...                | Meneses.           |
| Ciudad-Rodrigo.    | Tejeda.                       | Sanlúcar.....                  | Esper.             |
| Córdoba.....       | Lozano.                       | Santa Cruz de Te-              |                    |
| Coruña.....        | García Alvarez.               | nerife.....                    | Power.             |
| Cuenca.....        | Mariana.                      | Santander.....                 | Laparte.           |
| Ecija.....         | García.                       | Santiago.....                  | Escribano.         |
| Ferrol.....        | Taxonera.                     | San Sebastian...               | Garralda.          |
| Figueras.....      | Bosch.                        | Segorbe.....                   | Mengol.            |
| Gerona.....        | Dorca.                        | Segovia.....                   | Salcedo.           |
| Gijón.....         | Crespo y Cruz.                | Sevilla.....                   | Alvarez y Comp.    |
| Granada.....       | Zamora.                       | Soria.....                     | Rioja.             |
| Guadalajara.....   | Oñana.                        | Talavera.....                  | Castro.            |
| Habana.....        | Charlain y Fernz.             | Tarragona.....                 | Pujol.             |
| Haro.....          | Quintana.                     | Teruel.....                    | Baquedano.         |
| Huelva.....        | Osorno.                       | Toledo.....                    | Hernandez.         |
| Huesca.....        | Guillen.                      | Toro.....                      | Tejedor.           |
| I. de Puerto-Rico. | Mestre.                       | Valencia.....                  | Moles.             |
| Jaen.....          | Idalgo.                       | Valladolid.....                | H. de Rodriguez.   |
| Jerez.....         | Alvarez.                      | Vigo.....                      | Fernandez Dios.    |
| Leon.....          | Viuda de Miñon.               | Villan. <sup>a</sup> y Geltrú. | Creus.             |
| Lérida.....        | Sol.                          | Vitoria.....                   | Galindo.           |
| Logroño.....       | Verdejo.                      | Ubeda.....                     | C. Treviño.        |
| Lorca.....         | Gomez.                        | Zamora.....                    | Fuertes.           |
| Lucena.....        | Cabeza.                       | Zaragoza.....                  | V. de Heredia.     |